

RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

PINDARUS.—*Pars II. Fragmenta. Indices post B. SNELL edidit H. MAEHLER.* Leipzig, B. G. Teubner Verlagsgesellschaft, 1975, 220 pp.

La denominación de *Pars II* se explica por contraste con *Pars I*. *Pars I* comprende el texto de los *Epinicios* pindáricos no fragmentarios, cuya última edición, a cargo también de H. Maehler, salió a la luz pública en 1971. *Pars II*, por el contrario, abarca, como su título señala, el texto de la obra fragmentaria de Píndaro, dado a la luz en 1975. Maehler, esencialmente, no hace más que reeditar el texto según las ediciones anteriores de B. Snell. Y, a su vez, B. Snell toma como base el texto pindárico según las directrices marcadas por O. Schroeder. Resulta, así, que, en 1953, B. Snell edita él, por primera vez, conjuntamente epinicios y fragmentos pindáricos, y, también conjuntamente, lleva a cabo la segunda edición en 1955. En cambio, en 1959 edita por tercera vez sólo los epinicios. Deliberada y prudentemente retrasa (cf. *Praefatio*, p. V, de la obra comentada) la reedición de los fragmentos para dar tiempo a la anunciada publicación de los últimos papiros de Píndaro por E. Lobel, que vieron la luz en 1961 (*The Oxyrhynchus Papyri, Part XXVI, Londinii 1961*), e incorporar a su edición lo que de bueno saliera de allí. Y, así, en 1964 aparece conjuntamente la tercera edición de Snell de los fragmentos, y la cuarta de los epinicios. Y con eso termina la actividad editorial de Snell en lo relativo a Píndaro. Éste pasa la antorcha a H. Maehler, quien, como decíamos al principio, en 1971 publica la quinta edición de los epinicios, y en 1975 la cuarta de los fragmentos. Esta cuarta edición de los fragmentos (año 1975) apenas difiere de la tercera (año 1964). Como el propio Maehler indica (cf. *Additamentum Praefationis*, p. V), la presente edición se ve aumentada sobre la anterior en tres breves fragmentos. Dos fueron hallados por el propio Maehler en las colecciones de los museos berlineses (uno publicado anteriormente en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 3, 1968, pp. 97-99, y el segundo ve la luz aquí por primera vez), y el tercero había sido publicado por E. Lobel (*The Oxyrhynchus Papyri, Part XXXII*, p. 63 ss.). Los tres fragmentos se hallan en un estado, valga la redundancia, sumamente fragmentario.

La disposición general del libro es la siguiente: abarca en numeración romana las páginas del V al VIII. En p. V aparece la *Praefatio* de B. Snell a la tercera

edición de los fragmentos de 1964, y el *Additamentum Praefationis* de H. Maehler, en que alude a las novedades de esta edición, ahora presentada. Las pp. VI-VII señalan los papiros (y su ubicación), que contienen el texto de los fragmentos pindáricos, y la p. VIII señala el lugar que dentro de los propios papiros ocupan las diversas lecciones. A continuación, pp. 1-161, aparece el texto de los fragmentos (1-7, fragmentos de *Istmicas*; 8-15, de *Himnos*; 16-71, de *Peanes*; 72-84, de *Ditirambos*; 85-86, de *Prosodios*; 87-94, de *Partenios*; 95-99, de *Hiporquemas*; 100-104, de *Encomios*; 105-112, de *Trenos*; 113-151, fragmentos cuyo género se ignora; y 152-161, fragmentos de dudosa autenticidad). Junto a cada fragmento (a pie de página) señala la procedencia del texto, y a continuación presenta el aparato crítico. Por otro lado, delante de cada fragmento indica el tipo de metro del fragmento en cuestión. Tras la presentación del texto del total de los fragmentos, nos describe (pp. 162-174) la evolución cronológica de la métrica pindárica. En pp. 175-191 nos ofrece un índice de los nombres propios datables en los fragmentos, y, a continuación, pp. 192-195, otro índice de aquellas palabras no recogidas por W. Slater en su *Lexicon Pindaricum* (Berlín 1969). Las pp. 196-213 nos dan un *Index Fontium*. Y las pp. 215-216 contienen aquellos fragmentos que constituyen la novedad de esta edición respecto a la anterior. Y se cierra el libro con pp. 215-219, destinadas a los *Addenda et corrigenda*.

Observamos, p. ej., que, frente a la reedición inglesa de la Oxford, de 1961, a cargo de Bowra, que sitúa en el grupo de *incerti loci* los frs. 234 y 235 según su numeración, la edición aquí comentada de H. Maehler los clasifica, con numeración 42 y 43, ya dentro de un género determinado, los *Himnos*. Habría que resaltar, quizá, incidentalmente, el valor de la descripción de la evolución métrica pindárica, por el interés que supone para entender la evolución de las propias estructuras métricas en sí, y, por otro lado, si cabe, de la evolución métrica en relación con el texto.

No por sabido está de más recordar y aludir al carácter magistral de esta edición, normal al tratarse de la Teubner, en lo que respecta al esfuerzo y amor filológico por desentrañar de los olvidados fondos una línea o una palabra, y aludir también al grado exhaustivo de información que en todos los aspectos ofrece, y al rigor científico con que trabaja.

J. VARA

BLOMQUIST, JERKER. — *The Date and Origin of the Greek Version of «Hanno's Periplus», with an Edition of the Text and a Translation*, Lund, CWK Gleerup, 1979, 68 pp.

Recientemente ha aparecido una nueva obra que viene a engrosar la abundantísima lista bibliográfica dedicada al *Periplo* de Hannón.

El trabajo que ahora presentamos llama la atención por el aspecto que estudia —estrictamente filológico— y por tratarse de un autor sueco, pues aunque la tradición filológica sueca es grande, el tema del *Periplo* de Hannón estaba inédito en aquel país.

Blomqvist divide su obra en seis apartados. El primero es una introducción en la que pone de manifiesto la mediocridad del texto griego y la escasez de estu-

dios dedicados al análisis de la versión griega del *Periplo*. Nuestro autor se propone fundamentalmente fijar la fecha de composición del texto griego.

Para este propósito emplea los cuatro apartados siguientes, en los que estudia «el problema de la autenticidad», «el tratamiento previo de la evidencia lingüística», «la evidencia del vocabulario y la gramática» y «la evidencia del estilo». El sexto capítulo está dedicado a las conclusiones.

En cuanto a la autenticidad, el autor ve dos problemas: en primer lugar, la autenticidad del viaje, y, en segundo lugar, la autenticidad del texto. Según Blomqvist, la autenticidad del viaje es difícil de comprobar, pero frente a la opinión de Mauny («Le périple d'Hannon un faux célèbre concernant les navigations antiques», *Archeologia* 37, 1970, pp. 76-80), el viaje es técnicamente factible, por lo que es posible que se realizara. En este sentido, nosotros consideramos importante señalar que la presencia de navegantes mediterráneos está arqueológicamente documentada en las costas afro-atlánticas, al menos desde el s. VII a. C. en puntos tan alejados como Mogador (A. Jodin, *Mogador, comptoir phénicien du Maroc Atlantique*, Tánger 1966, p. 192); por tanto, ya es hora de abandonar los argumentos teóricos para negar la posibilidad del viaje de Hannón.

En cuanto a la autenticidad del texto, Blomqvist afirma que la traducción no es una falsificación, sino una relación de hechos que verdaderamente ocurrieron, aunque no se pueda saber si se trata de una traducción fiel del original cartaginés. En este sentido W. Aly («Die Entdeckung des Westens», *Hermes* 62, 1927, pp. 324-328) afirma que el texto griego es una traducción literal y así lo había interpretado ya St. Gsell (*Histoire Ancienne de l'Afrique du Nord*, I, París 1913, p. 476) al traducir $\delta\eta\lambda\omicron\upsilon\nu\tau\alpha$ $\tau\acute{\alpha}\delta\epsilon$ como «cuyo texto es el siguiente». Sin embargo, G. Germain («Qu'est-ce que le Périple d'Hannon, document, amplification littéraire ou faux intégral?», *Hespéris* 44, 1957, pp. 206-207) señaló que el texto griego no es traducción literal, pues $\delta\eta\lambda\omicron\upsilon\nu\tau\alpha$ $\tau\acute{\alpha}\delta\epsilon$ significa «que expone lo siguiente»; por tanto, no es más que una versión del original cartaginés.

Tras el análisis lingüístico, Blomqvist llega a la conclusión de que no hay ningún elemento helenístico en el texto y, sin embargo, sí hay elementos que pueden datarse a finales del s. IV o comienzos del III. Según el autor, desde el punto de vista del vocabulario y la gramática no queda más remedio que aceptar que fue compuesto en época clásica y que, con toda probabilidad, el texto fue redactado antes del 400 a. C.

Blomqvist rechaza todas las dificultades lingüísticas, señaladas por Aly y Germain, que impedían fechar la versión griega con anterioridad a finales del s. III a. C. Sin embargo, éstas han sido recogidas por J. Desanges en otra obra muy reciente (*Recherches sur l'activité des méditerranéens aux confins de l'Afrique*, Roma 1979, pp. 39-85), absolutamente coetánea a la que aquí reseñamos. Desanges señala como término *post quem* para la redacción del texto griego el cambio del siglo III al II a. C., pues el límite del viaje de Hannón, situado en el Νότου Κέρας obliga a fechar el periplo en una época posterior al reconocimiento de este punto por Carimorto, bajo Ptolomeo IV Filopátor o Ptolomeo V Epífanes. El término *ante quem* se puede situar a finales del s. I d. C., época en que la noción de Νότου Κέρας va oscureciéndose.

En nuestra opinión resulta altamente interesante comparar el análisis de Blomqvist y el de Desanges, puesto que, al seguir caminos diferentes, resultan absolutamente complementarios.

Como última observación nos queda poner de manifiesto que el estudio de Blomqvist está orientado exclusivamente al análisis filológico del texto griego y, por tanto, no es en absoluto revelador para quien vaya buscando en él algún tipo de luz para solucionar el complicado problema del *Periplo* de Hannón.

JAIME ALVAR

TITE LIVE. — *Histoire Romaine*. Livre XXXI (Tome XXI). Texte établi et traduit par ALAIN HUS. Collection des Universités de France publiée sous le patronage de l'Association Guillaume Budé. Paris, «Les Belles Lettres», 1977, CXLIV + 130 pp., 1 mapa.

Los dos últimos decenios han conocido una rica floración de estudios sobre Tito Livio, así como importantes nuevas ediciones y comentarios a diversos libros. Yo mismo he contribuido a ello con un centenar de páginas, y me propongo hacerlo con bastantes más, en cuanto tenga lugar u holgura para ello. Hay que destacar que esta extensísima bibliografía está llegando en varios puntos capitales a convergencias que, sin duda, constituirán la base de una nueva *doctrina communis*. Esta última edición del libro XXXI es una prueba de ello. Se produce después de la importante edición de A. H. McDonald (Oxford Classical Texts, *T. L. II. XXXI-XXXV*). Hus ha hecho una nueva colación personal de los siete manuscritos más importantes (para el libro XXXI, se entiende), confirmando no sólo las lecturas, sino la historia del texto de la década ofrecida por McDonald, que organizó sistemáticamente las conclusiones de los trabajos realizados desde Traube (1904) hasta él mismo, con especial apoyo en los de Billanovich (los datos bibliográficos en la p. CXXVIII ss. de esta edición). Igualmente ha seguido las indicaciones respecto al texto de Briscoe (*A commentary on Livy, Books XXXI-XXXIII*, Oxford 1973), tras lo cual el texto de Hus difiere del de McDonald tan sólo en quince lugares, en la mayor parte de los cuales se trata sólo de una palabra y de ordinario de la discusión de una conjetura. Yo creo que Hus tiene razón casi siempre: sin embargo en 3, 5 pienso que habrá que volver al texto de McDonald, que es el de casi todos los mss., *et senatui*, en vez de *senatuique*, como de acuerdo con *B* propone Hus. Los lugares paralelos abonan esta versión. Cuando los magistrados (aquí *consulibus*) y el senado son concebidos como destinatarios independientes entre sí, aunque se trate del mismo mensaje, Livio dice *et senatui* en otros pasajes (cf. Packard). Igualmente en 31, 6 considero preferible (con McDonald entre otros) retener *a nobis*, atetizado por Hus. En los otros trece lugares me parecen más probables los textos ofrecidos por Hus.

Este volumen se compone en realidad de dos trabajos distintos: la edición, con su traducción de la que diré algo después, y el estudio preliminar sobre la década, su contenido histórico, la composición y las fuentes. Respecto de la década y la composición general de Livio, yo entiendo que Hus acaba dándonos la razón a los que sostenemos que Livio organizó, *artísticamente*, su obra en péntadas, quizá agrupándolas en décadas. Las especulaciones de Hus (p. XIV s.) sobre la coexistencia de «dos niveles de composición», que darían lugar a agrupaciones distintas de los libros de la cuarta década, no invalidan los argumentos a favor de la composición, editorial y *artística*, de carácter pentádico; más bien los con-

firman. Los que Hus llama «trucos de editor» (*ibid.*) son elementos de la composición literaria.

El análisis y la ordenación del contenido histórico elaborada por Hus es singularmente lúcida y útil. En relación con las fuentes, y sobre todo en relación con Polibio, Hus se orienta por el buen camino. No fue nunca fuente única en tramos extensos del texto. Tränkle (*Livius und Polybios*, Basilea-Stuttgart 1977) en un libro que, evidentemente, no pudo conocer Hus, ofrece conclusiones muy fundadas en este mismo sentido. A título de hipótesis, yo me permito pensar que tampoco se trata en cada lugar de Polibio y un analista, o una fuente analítica miscelánea o refundida como apuntan algunos, sino que Livio había leído todas las fuentes que cita y algunas más, y trabajaba no sólo con notas extraídas de ellas, sino con el formidable recurso de la memoria, cuyo empleo, frescura y fidelidad en los romanos cultos de la época de Livio alcanzaba extremos casi inconcebibles para los hombres de nuestro tiempo.

Respecto de la traducción, Hus dice que se inspira en el modelo, tan brillante literariamente, de Baillet en los libros de la primera década publicados en la misma colección. Yo advierto en Hus, además, un notable y logrado esfuerzo por ajustarse a la estructura de Livio y al orden de las frases, hasta los límites que permite la lengua francesa.

A. FONTÁN

CUGUSI, P.—*Epistolographi Latini Minores. Volumen II aetatem Ciceronianam et Augusteam amplectens*. Collegit —. «Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum», Turín 1979, 2 fasc., XXXVI + 427 y LI + 531 pp.

Hace nueve años, publicaba Paolo Cugusi el primer volumen, en dos fascículos, de sus *Epistolographi Latini Minores*, que tuvimos la fortuna de reseñar en esta revista (cf. EMERITA 42, 1974, pp. 451-452). Incluía allí el filólogo italiano los fragmentos de cartas anteriores a la época ciceroniana, prometiendo un volumen segundo (edad de Cicerón y de Augusto), un tercero (siglos I-IV de C.), y un cuarto y último (cartas conservadas en *tituli*, cartas del Senado, cartas de autor desconocido). En nuestra nota sobre la obra, hacíamos votos para que se llevase pronto a término su gigantesca empresa, de la que la primera parte nos ofrecía una magnífica muestra de buen quehacer filológico; ahora, al contemplar los dos volúmenes con que nos regala Cugusi, agradecemos que no se haya precipitado, que haya dejado pasar, en sus propias palabras, *octauam... messem quam coeptum est nonamque hiemem*, antes de publicar esta segunda parte, tan valiosa, tan interesante, tan necesaria.

La obra de Cugusi, siguiendo en todo el esquema de los dos fascículos del vol. I, presenta por separado una edición crítica con los *testimonia* y fragmentos de las epístolas, provistos de un ponderado aparato crítico; en el fasc. 2, un detallado comentario, histórico, literario y filológico, redactado en un estupendo latín.

Comentar cada uno de los aciertos de la edición sería cuestión de muchas páginas. Muy adecuada nos parece, en contra de algunas opiniones (cf. fasc. 1, p. VII, n. 1), el haber excluido las cartas en verso, ya que las consideramos perte-

necientes a un campo literario del todo distinto del conjunto de la epistolografía en prosa, bastante problemático ya de por sí sólo. Como en el vol. I, Cugusi se ha servido de las mejores ediciones de los transmisores, única posibilidad del editor actual de un nuevo *corpus* de textos fragmentarios, pero siempre digna de loa a condición de que se haga debidamente: disparatado sería pedirle una revisión de los textos de Acrón, Apiano, Augusto, César, Dión Casio, Carisio, Cicerón, Dares, Digesto, Diomedes, Festo, Floro, Frontino, Frontón, Gelio, Hegesipo, Hircio, Josefo, Isidoro... y un interminable etcétera de autores griegos y latinos, en cuyos textos ha rastreado Cugusi las referencias, incluso mínimas, y los fragmentos de las cartas de los romanos que vivieron en época de Cicerón y de Augusto, un siglo especialmente dado al contacto epistolar.

Las cartas aparecen agrupadas por autores y, dentro de cada uno de ellos, por orden cronológico. Dicho esto, parece innecesario apuntar el incalculable valor que la edición de Cugusi ha de tener no ya para la investigación literaria, sino de modo muy destacado para los estudiosos de la historia de Roma; fragmentos, de mayor o menor entidad, de las cartas de más de doscientos personajes que vivieron en el siglo más atractivo de esa historia, muy bien ordenados y adecuadamente comentados, son, en breve resumen, lo que se puede encontrar en estos dos volúmenes.

Otros muchos aspectos se podrían destacar. Así, no tiene desperdicio la *Praefatio* del fasc. 2, con páginas tan interesantes como aquellas en que se indica el tiempo que aproximadamente invertía una carta en llegar a su destinatario entre diversas ciudades del Imperio (pp. XXV-XXIX). Las algo más de trescientas entradas de una Bibliografía realmente consultada (fasc. 2, pp. XXXI-LI) son, además de un auxiliar inestimable para quien pretenda estudiar la epistolografía latina, documento irrefutable de lo mucho que debe agradecerle la Filología clásica al tesón y entrega de Paolo Cugusi.

Señalemos, al igual que hacíamos a propósito del volumen I, la cuidada impresión y bella presentación de estos dos volúmenes en los que, si algún defecto quisiera encontrarse, quedaría más que disculpado por sus valores sin cuento.

ANDRÉS POCIÑA

GIULIANO IMPERATORE. — *Misopogon*. Edizione critica, traduzione e commento a cura di C. PRATO e D. MICALLELLA. Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1979, 40* + 207 pp.

La única edición moderna de las obras de Juliano, a falta del tratado *Contra los Galileos*, es la publicada por la colección Budé. El erudito belga Joseph Bidez, experto conocedor de la figura del emperador y de su época, y que, entre otros trabajos, nos dejó el mejor estudio de conjunto sobre su tradición manuscrita así como una biografía, si discutible en algunos puntos menores, difícilmente superable tanto por su dominio de las fuentes como por su amenidad, emprendió dicha edición, aunque de su mano sólo salieron las *Cartas* y *Fragmentos* (1924), edición resumida de la edición mayor que había realizado junto con Cumont (1922), y el primer volumen de los *Discursos* (1932). Los restantes discursos fueron editados por Rochefort (1963) y por Lacombrade (1964) utilizando en parte el trabajo que

Bidez había dejado inconcluso. Sin embargo, estos dos últimos volúmenes no alcanzan la altura de los primeros ni en lo que se refiere a la edición del texto ni en la traducción ni en el comentario (véase la reseña de Kurt Latte sobre la edición de Rochefort, recogida en el volumen conjunto *Julian Apostata*, ed. Richard Klein, Darmstadt 1978, p. 197 ss., y la de Thillet sobre la edición de Lacombrade, en la que está el *Misopogon*, en *REG* 78, 1965, p. 444 ss.).

En esta situación la edición del *Misopogon* que comentamos a cargo de C. Prato (introducción sobre la tradición manuscrita con la bibliografía anexa, texto y traducción) y de D. Micallella (el resto de la introducción y el comentario) tiene a nuestro juicio un doble valor: el de ofrecer un texto superior al de Lacombrade y que puede considerarse hoy por hoy el mejor, y el de un extenso y valioso comentario que tanto necesita una obra tan importante como ésta no sólo para el conocimiento de las ideas de Juliano en el terreno político y social, así como para su personalidad íntima, sino también para la situación social y económica de la ciudad de Antioquía en esta época.

El libro consta de una breve introducción general con un rápido resumen de la biografía de Juliano desde su nombramiento como César hasta su elección como Augusto y su estancia en Antioquía, donde compuso esta obra mientras preparaba su expedición fatal contra Sapor. Lo fundamental es el certero estudio de los principales motivos que se entrecruzan en la obra y que bajo el hilo de una autocrítica más fingida que real, aunque llena de datos personales auténticos, apuntan a una propaganda política al servicio de su ideal de restauración del helenismo en contraposición al cristianismo dominante en Antioquía y que tantos disgustos le proporcionó; así, la defensa de la justicia, su filantropía, su piedad y su amor por la cultura se oponen nítidamente a la actitud contraria de los antioquenos.

Muy interesantes son las páginas dedicadas al estudio de la tradición manuscrita. Prato ha tenido en cuenta el estudio de Russo, «Saggio testuale sul *Misopogon* giuliano», *St. it. filol. class.* 27-28, 1956, pp. 460-488, que completa la colación del principal códico del *Misopogon*, el *Vaticanus gr.* 914 = S, que Bidez había dejado incompleta (lista de errores y omisiones en la p. 25) y sobre la que se había basado la edición de Lacombrade. Frente a Russo, en cambio, reivindica Prato el valor de los manuscritos BW que en algunos casos resultan decisivos. Si añadimos que Prato ha revisado además los manuscritos recientemente encontrados (Canfora en *Antiq. Class.* 37, 1968, pp. 634-636 y Romano en *Koinōnta* 1, 1977, pp. 187-190), aunque ninguno resulte independiente de los considerados ya fundamentales por Bidez y su valor sea menor, quedará claro el avance que supone su edición sobre la de Lacombrade.

Una traducción muy ajustada y un amplio comentario, además de un *index nominum*, completan el libro. El comentario es por un lado lingüístico y por otro se centra en el pensamiento de Juliano con especial empeño en esclarecer los nexos internos de la obra. Es muy posible que alguien eche de menos un comentario histórico más profundo, dado el carácter de esta obra, pero eso no es algo achacable a los autores, que se han fijado otros horizontes.

Bienvenida sea, pues, esta nueva edición, que no podrá ser ignorada, del *Misopogon* y que esperamos se vea pronto seguida por la publicación de otros discursos de Juliano, tal y como prometen los autores en el prefacio.

JOSÉ GARCÍA BLANCO

VIRGILIO MARONE GRAMMATICO.—*Epitomi ed Epistole*. Edizione critica a cura di G. POLARA. Traduzione di L. CARUSO e G. POLARA. Con una Nota e un'Appendice Nápoles, Liguori Editore, 1979, XLIV + 408 pp.

La interesante obra del gramático Virgilio Marón es ofrecida en este libro con un abundante repertorio bibliográfico. Una introducción trata principalmente sobre las dificultades que supone una obra de un carácter tan inseguro. El *Catalogus grammaticorum*, p. ej., contiene datos inciertos de personajes por lo demás desconocidos. No hay una frase, afirma Polara, que no entrañe algún problema. La presente edición revisa detenidamente la de Huemer. Entiende nuestro editor que la obra fue escrita en el s. VII, opinión sostenida ya anteriormente por Manitius, y en la Galia Meridional. Aparte el *Neapolitanus*, colacionado deficiente e indirectamente por Huemer, quien tampoco sacó todo el provecho del *Ambianensis*, se traen a colación otros siete mss. Se echa de menos el *stemma*, acerca del cual sólo se dice que el *Neapolitanus*, *Ambianensis*, *Parisinus* (= P) y el *Vindobonensis* derivan de un mismo modelo y se adjunta una breve nota de Mirella Ferrari sobre los códices del Virgilio gramático. En el aparato crítico quizás hubiera sido preferible distinguir de algún modo el testimonio manuscrito del de la tradición indirecta. Hubiera sido una buena ayuda para el estudioso dar la referencia de las fuentes y alusiones; nada fácil, por cierto, en una obra de esta índole. El lector tropieza a veces con divisiones de palabras que molestan a la vista como *inte-rest*, *si-cut*, *epis-tolas*. Una fe de erratas confirmaría quizás faltas de imprenta como *aestimabitauro* y *contraire*. Atestigua las dificultades de una traducción la frecuencia con que las palabras latinas aparecen entre paréntesis dentro del texto italiano. En unas páginas de L. Caruso sobre la teoría y la historia de la citación de Virgilio Gramático resulta incomprensible una frase que reza: «storici, critici e filologi, che sono di fatto i falsi installatori della suposta nuova epoca che si apre». Para L. Caruso la cita es como una enfermedad de la cultura, por cuanto representa al mismo tiempo la causa y el efecto de sus aspectos más parasitarios y retrasados. La lectura de los *Epitomes* y *Epistolas* de Virgilio, sobre todo en la doctrina de los casos, confirma una vez más cuán innmeritado es su olvido.

ÁNGEL ANGLADA

II. LINGÜÍSTICA

BIONDI, GIUSEPPE GILBERTO.—*Semantica di cupidus (Catull. 61.32)*. Bologna, Pàtron Editore, 1979, 91 pp.

El presente estudio tiene un origen puramente ocasional: de una breve nota sobre la *crux* exegética de Catulo 61, 32, pasaje muy controvertido y ennoblecido por las observaciones de, entre otros, von Wilamowitz y Fraenkel (nótese, de paso, que en la edición de M. Dolç, Barcelona, Alma Mater, 1963, no hay el menor eco de todo esto, y que la traducción que se propone es difícilmente aceptable), se destacaba, con toda claridad, un problema que trasciende del todo lo puramente crítico-textual, y que postula un examen riguroso del campo semántico de *cupidus* (y familia) en la literatura latina anterior a Catulo.

El problema consiste en que *cupidus* indica un «deseo instintivo y violento, sensual» (Ernout-Meillet) y este sentido no se adapta al pasaje de Catulo objeto del presente estudio, por razones advertidas ya desde antiguo y que han dado lugar a correcciones al texto de nuestro poeta de muy diverso orden. G. G. Biondi mantiene el *textus receptus*, juntamente con la puntuación tradicional, y se pregunta, por tanto, por el sentido del lat. *cupidus*. Sentido que estudia en el capítulo II de su libro —que forma la parte más importante de éste—, en la literatura arcaica anterior a Catulo (Nevio, Ennio, Plauto, Afranio, Terencio, Catón y, sobre todo, Lucrecio), y concluye que para la moral tradicional de los romanos de esta época —que queda muy bien reflejada en los pasajes aducidos y muy especialmente en Catón, cf. *Orat. Fr.* 71 Malc.— habría una contradicción esencial, frente a lo que se ha solido decir, entre *amor* y *cupido*, en la que este último término tendría siempre una constante de morbosidad y pecaminosidad, y entendiendo esto último como una contraposición entre el amor y la sensualidad o bien entre ésta y la afectividad, que es como uno de los arquetipos de la cultura occidental. Pues bien, Catulo, según la tesis del autor, trata de integrar esta oposición, que en Ovidio —y la cultura romana debió de pagar por ello un alto precio— es ya una realidad. Los filólogos del siglo pasado, señala de pasada el autor, no supieron ver que en el latín de Catulo el adjetivo *cupidus* tenía ya, antes de Ovidio, un componente sexual importante.

En general, hay que entender este breve estudio como una monografía más a las ya dedicadas a la oposición *amor/cupido*, cf. especialmente pp. 49-50, estudiada ahora desde el lado de la semántica moderna.

MIGUEL ÁNGEL SAN MARTÍN

O'SULLIVAN, JAMES N.— *A Lexicon to Achilles Tatius*. Berlín, Walter de Gruyter, 1980, XIX + 442 pp.

La primera mitad de este léxico (A-K) constituye la tesis doctoral que su autor leyó en Oxford en 1972. Posteriormente, gracias a diferentes becas, ha podido completar y publicar la obra.

De la parte introductoria, aparte de la desconcertante colocación del índice de contenido («Contents» después del «Preface» y antes de «Aid to the Reader»), llama la atención la bibliografía por lo realista y ajustado: parece que sólo incluye aquellos títulos que realmente ha utilizado para hacer el léxico, prescindiendo de una serie de obras que sin ir más lejos recoge Vilborg en su edición. Este hecho nos da un poco la clave del libro: se trata de una obra bien elaborada, concisa, sin adornos, y que ofrece exclusivamente la información que el autor considera imprescindible. A mi juicio esta parsimonia es un poco excesiva: por ejemplo, en los nombres propios no suele ser más que un índice al estilo del léxico herodoteo de Powell ('Αγαμέμνων 1, 8, 5, 2; 8, 6, 7; 8, 7, 9) sin dar generalmente ni transcripción ni una sumaria prosopografía como hace por ejemplo Slater en su léxico pindárico; tampoco da el número de ocurrencias de cada palabra, en contra del procedimiento del ya mencionado Powell, entre otros (cf. *s. u.* γάρ: «This particle occurs several hundred times in Ach. Tat.»). Esto es una lástima porque es un dato que sin duda poseía el autor o que le hubiese costado muy

poco trabajo conseguir y que sería muy útil para el usuario. También es una lástima que no sea absolutamente exhaustivo: hay nada menos que 17 columnas y media de δ , η , $\tau\acute{o}$, pero en el prólogo se nos dice que se ha prescindido «from some unproblematic occurrences of $\gamma\acute{\alpha}\rho$, $\delta\acute{\epsilon}$, $\kappa\alpha\iota$, $\mu\acute{\epsilon}\nu$, $\omicron\upsilon\upsilon$, $\omicron\delta\tau\omicron\varsigma$, and the article». Dentro de esta tónica de concisión llama la atención también la brevedad del prólogo que no nos explica los criterios que ha seguido en muchos casos, por ejemplo, por qué generalmente no da información en los artículos de nombres propios y otras veces sí (compárese $\iota\kappa\acute{\alpha}\rho\iota\omicron\varsigma$ e $\iota\kappa\alpha\rho\omicron\varsigma$, Κύκλωψ y Κώνωψ , etcétera) o por qué generalmente no traduce los contextos griegos aducidos y otras veces los traduce (cf. $\alpha\lambda\chi\acute{\epsilon}\omega$) o los glosa (cf. $\alpha\upsilon\tau\acute{o}\chi\theta\omega\nu$).

Bien, éstas son las cosas que echo en falta en el libro. Frente a ellas hay unos resultados más que satisfactorios: es prácticamente exhaustivo (es decir, una mezcla de léxico e *index verborum*), trae las variantes de todas las ediciones, remite sucintamente a la bibliografía especializada cuando se trata de una cuestión debatida, los contextos griegos están muy bien cortados (y no como esas concordancias electrónicas que cortan mecánicamente), el material dentro de cada artículo está bien clasificado con criterios sintácticos y semánticos y finalmente es una edición elegante y de calidad, lo cual es cada vez más raro en estos tiempos que corren. Se trata, pues, de una obra digna de un gran lexicógrafo.

J. LÓPEZ FACAL

PULGRAM, E. — *Italic, Latin, Italian 600 B. C. to A. D. 1260. Texts and Commentaries*. Heidelberg, C. Winter, 1978, 400 pp.

Esta obra que consta de una selección de textos, ante todo epigráficos, con su respectiva traducción y comentario, viene a ser un buen complemento de otra bastante anterior del autor (*The Tongues of Italy: Prehistory and History*, 1958), tanto desde el punto de vista documental como desde el teórico gramatical. Los textos abarcan 18 siglos y medio de historia lingüística y pertenecen a tres diasistemas sucesivos: el prelatino o itálico, el latino y el italiano. Cada diasistema tiene su unidad histórica y tipológica y en su conjunto los tres reflejan la continuidad de la historia lingüística de Italia. En la base de esta sucesión diasistemática está la coexistencia de la lengua escrita, «estandarizada» y conservadora por naturaleza, y de la lengua hablada, cada vez más distanciada de la anterior.

La parte dedicada a las lenguas itálicas ofrece al lector un gran bosquejo de éstas donde se resaltan con pinceladas nítidas y claras los puntos más interesantes del estudio del itálico. Se comienza con el ligur (pp. 35-36), del que se poseen testimonios muy escasos, glosas, nombres de persona y de localidades; no obstante, no se excluye la posibilidad de que nos encontremos ante una lengua indoeuropea. Sigue el lepóntico (pp. 36-38), que nos es conocido por un grupo de inscripciones no completas; según el autor, se trata de una lengua indoeuropea encuadrada tal vez entre el céltico y el itálico. Se estudian tres inscripciones del rético (pp. 38-43) y se presentan las numerosas tentativas de interpretación de dichos textos; a pesar de todo, nada es seguro; es cierto que aparecen rasgos etruscos, pero la lengua no es etrusca; una cosa es clara, al menos: se trata de una lengua lejana del itálico que vemos en el osco, umbro, falisco y latín.

Del véneto (pp. 43-63), lengua hoy bastante bien estudiada, se da una minuciosa exposición sobre el alfabeto y el comentario de siete inscripciones representativas; sin embargo, debemos expresar nuestras reservas en algún punto; así, en la página 48 el autor pone en la base de *reitia*, nombre de la diosa de la localidad de Este, la raíz **rekt-*; preferimos ver una raíz de tipo **krei-* o **rei-*, como ya hizo Lejeune (*Manuel...*, 1974, p. 328), con el significado de «hacer una incisión», «escribir», es decir, nos encontraríamos con una diosa de la escritura que, como se sabe, tuvo gran importancia entre los vénetos; por otra parte, la conjunción *ke* no procede de **k^we*, sino de **ke*, cf. lidio *se*, ya que **k^w* dio *kv*, como puede verse en una inscripción de Altino, donde puede leerse *-kve*, conjunción copulativa enclítica (cf. Prosdocimi, *AGI* 56, 1971, pp. 35 y 37).

El estudio del mesapio (pp. 63-71) se basa en un comentario detenido de cuatro inscripciones; ésta es una lengua no bien conocida y en la que se han volcado de forma excesiva pruebas y argumentos etimologicistas; no obstante, algunas cosas son claras, como los dativos del singular en *-a* de los temas en **-ā* que el autor considera más bien como nominativos o vocativos; estos vocativos en *-a* se encuentran dentro del ámbito itálico en peligno, latín dialectal y tal vez en falisco. En cuanto a la posibilidad de que el sículo (pp. 71-73) sea indoeuropeo, Pulgram se muestra más escéptico que Pisani y Vetter, quienes lo consideran efectivamente indoeuropeo.

Bajo el nombre de itálico del Este (pp. 73-77) se recogen unas inscripciones del *Picenum* y se distinguen un picénico del Norte y otro del Sur; pero esta clasificación descansa sobre el tipo de alfabetos y no sobre la lengua, ya que la interpretación de estas inscripciones dada por los estudiosos es sumamente dudosa.

El osco (pp. 78-102) ocupa un buen número de páginas en las que se exponen su situación geográfica, fuentes y cronología y finalmente se hace un estudio pormenorizado de cuatro inscripciones; estudio que se mueve dentro de la más pura ortodoxia a la hora de explicar problemas tales como el de la cantidad, o la síncopa vocálica, etc.; la explicación de este fenómeno debe buscarse por caminos distintos del acento de intensidad inicial. Del umbro (pp. 102-134) se exponen sus principales características fonéticas, la historia del descubrimiento de las tablas iguvinas, se apunta la posibilidad de que el texto pertenezca a una época anterior a su confección material y se hace la exégesis de una selección del mismo; al analizar el término *anferener* (p. 112) se dice que *-er* procede de *-us*; creemos que debe tratarse de una confusión tipográfica, por cuanto es claro que *-er* procede de *-eis*; no obstante, este error vuelve a repetirse (p. 116).

El peligno (pp. 134-142) se estudia a partir de la más importante de sus inscripciones, la de *Herentas*; quisiéramos señalar que, si bien no existen muchos inconvenientes en aceptar la explicación de las cinco primeras líneas de la inscripción, sin embargo estamos en desacuerdo con la interpretación de tres palabras de sus dos últimas líneas, a saber *puus*, *lexe* y *lifar*. *Lexe* no puede ser *legistis* < **lég(e)s-te*, ya que el grupo **-gst-* daría **-kst-*, pero nunca *-x-* [ks], pues en todas las lenguas itálicas un grupo de este tipo nunca ha perdido la *t* que no vemos en *lexe*. Se trataría más bien de un infinitivo a partir de **leg(e)se* con *-se* de **-si* como en los infinitivos latinos. No olvidemos que el peligno comparte con el latín un buen número de isoglosas. *Lifar* no es el dios *Liber* sino un subjuntivo con el valor de *libeat*, forma paralela al umbro *ferar*, cf. también o. *loufir*, lat. *libet*, *uel*. Se trataría, en definitiva, de la forma verbal de la que dependería el infinitivo

XLIX, 2.º — 12

lexe. A su vez *puus* sería ac. pl. del pronombre relativo, sujeto de *lexe* y no nom. pl., como normalmente se entiende¹.

Al latín se dedica la parte central y más extensa del libro (pp. 159-309). Los textos seleccionados representan milenio y medio de la historia de esta lengua, desde sus albores epigráficos en torno al 600 a. C. hasta el s. IX en plena Edad Media; en su mayor parte son inscripciones que pertenecen a cuatro grandes períodos: el arcaico, cuya lengua se caracteriza por la abundancia de rasgos dialectales; el preclásico entre las mitades de los siglos III y II, con la fijación ortográfica; el clásico y alto imperial hasta el 300, del que se ofrece una buena representación de los *graffiti* de Pompeya; y el imperial tardío con mayoría de inscripciones cristianas. De los textos literarios se comentan fragmentos de Petronio, Apicio, la *Mulomedicina Chironis* y la *Peregrinatio Aetheriae*. En el capítulo de la Alta Edad Media se incluyen textos de la *Vulgata*, Cesáreo de Arlés, Fredagario y otros legales y notariales de época longobarda y posteriores. Se inserta, además, un elenco de palabras, como testimonios vivos del latín hablado; y a este propósito no podía faltar el comentario de un buen número de lemas de la *Appendix Probi*.

La datación de los textos es, por lo general, tan sólo aproximada, pero ello no supone mayor inconveniente, dada la lentitud de los cambios lingüísticos sometidos a la presión de la *urbanitas* y la *elegantia* del latín clásico; por esto mismo los textos más elocuentes, desde el punto de vista de la evolución de la lengua, pertenecen al período preclásico, al imperial tardío y al medieval. Entre el latín preliterario y el romance hay una línea de continuidad constituida por la lengua hablada, y hacia las manifestaciones de ésta en los textos escritos se dirige principalmente la atención del autor; así, se insiste en evoluciones muy tempranas que se consolidarán mucho después, frecuentemente fonéticas como la caída de *-m* (*oino*) y de *-s* (*Cornelio*) o la reducción de *-ns-* (*cosol*) en los *elogia Scipionum*; otras veces morfosintácticas como la construcción *opiparum ad ueitam quolundam*, variante preposicional, frente a *aciptum aetatei agedai* en la misma dedicatoria de los cocineros faliscos, que prefigura el resultado en romance.

Como hemos dicho, el autor ve, naturalmente, en el latín hablado («Spoken Latin») el hilo conductor de la continuidad latino-románica y limita, por el contrario, el concepto de latín vulgar al período postclásico acercándose al criterio de los romanistas que suelen reducirlo al protorromance; sin embargo, es éste un concepto que no debe definirse cronológicamente, pues compete al nivel diatómico de la lengua; en realidad el latín vulgar ha coexistido con otros estratos más elevados, al menos desde que la lengua comenzó a confiarse a la escritura; por eso el latín vulgar no es esencialmente distinto del latín hablado que trata de ilustrar el autor con un método absolutamente válido basado en el contraste evolutivo-conservador de la pronunciación y la ortografía; mientras aquélla avanza inexorablemente hacia los resultados románicos, ésta se atiene mal que bien a las normas clásicas, pero éstas son traicionadas a menudo por la evolución fonética.

Pulgram se muestra prudente respecto de la influencia griega en el latín hablado y no cree en la existencia de un latín cristiano peculiar; en cambio, destaca la importancia que tuvo la lengua popular en los autores cristianos, tal como se refleja en obras de la literatura eclesiástica (la *Vulgata* de Jerónimo) y secular

¹ Cf. R. J. Zamudio, *Estudio del dialecto peligno y su entorno lingüístico*, Tesis Doctoral inédita. Universidad de Salamanca, 1979, pp. 44 ss., 291 y 294.

(la *Peregrinatio Aetheriae*). Las referencias de las lenguas románicas que se prodigan a lo largo de este estudio son, naturalmente, más completas en lo que atañe al italiano que se estudia después; abundan también las referencias del francés y se echan en falta a veces, por lo ilustrativas que hubieran sido, las de otras lenguas, particularmente de las iberorrománicas. El étimo del esp. *haz* (p. 251) no es *facia* sino el clásico *facies* o, mejor, el vulgar *facis* probablemente atestiguado en la *Appendix Probi* (p. 89) y el de *ser* es *sedere* más bien que *essere* (p. 283).

Del italiano medieval se ofrecen diecinueve textos (pp. 310-371) que se datan entre los siglos X y XIII, en los que en medio de latinismos más o menos abundantes se perfila la nueva lengua romance con sus rasgos típicos: pérdida de la flexión casual, adquisición del artículo, lenición consonántica al norte de la línea La Spezia-Rimini, etc.; esta lengua se hallaba ya anticipada en los propios textos latinos de la alta Edad Media que, aun cuando mantuvieran la ortografía clásica, debían de leerse a la manera italiana.

El criterio explicativo y no sólo interpretativo que se sigue en los comentarios obedece al propósito del autor de dirigirse a un público más amplio que el de los especialistas; esta condescendencia pedagógica, más observable en las notas, se hace sin menoscabo de la altura y el rigor científico; no obstante, en algún caso hubiera sido preferible evitarla: la explicación escolar de *quis* reemplazando a *aliquis* detrás de *si* no refleja la realidad histórica del *quis* indefinido enclítico (p. 292).

El índice de las concordancias de los textos latinos con el *CIL* y los índices de palabras correspondientes a los tres diasistemas cierran este libro en el que se da un fecundo maridaje entre lingüística y filología. Dado su carácter antológico, la bibliografía ni puede ni pretende ser exhaustiva; se recogen tan sólo las obras citadas y es suficientemente representativa.

RAFAEL JIMÉNEZ ZAMUDIO y BENJAMÍN GARCÍA-HERNÁNDEZ

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

RONCONI, A.—*Interpreti latini di Omero. Lezioni «Augusto Rostagni», VII.* Turín, Bottega d'Erasmus, 1973, 95 pp.

El presente libro recoge una serie de lecciones y seminarios que el profesor A. Ronconi pronunció, durante el curso 1969, en el Instituto de Filología Clásica de la Universidad de Turín, en memoria de su fundador A. Rostagni.

El autor centra sus estudios sobre la interpretación e influencia homérica en cuatro grandes apartados: «Homero y los poetas latinos arcaicos», «Homero en Lucrecio y Catulo», «Homero en Cicerón» y por último «La crítica homérica en Horacio», en orden cronológico, pero sin pretender abarcar toda la influencia que el gran poeta épico ejerció en la literatura latina.

Ronconi parte de la polémica entablada dentro de los propios autores griegos entre los defensores y detractores de Homero, para ir revisando en qué medida y en qué aspectos determinados influyó este poeta en los autores latinos arcaicos.

En el caso de Livio Andronico, como se ve al cotejar los fragmentos de su *Odussia* con la *Odisea* homérica, ya estudiados anteriormente por otros grandes especialistas del tema como Fränkel, Leo y Mariotti, la influencia, o mejor dicho la contaminación, es ingente. En cambio el homerismo neviriano aparece más ocasional que intrínseco y por tanto limitado, según Ronconi, a la arqueología. Pero el gran émulo de Homero será Ennio, el *alter Homerus*, incluso desde el punto de vista formal, con la adopción del hexámetro o los calcos léxicos, especialmente los compuestos.

Aunque Lucilio está lejos de condenar a Homero, el poeta canonizado por una tradición secular, sin embargo, no renuncia a decir que la extensión del poema comporta necesariamente una caída de tono. En este mismo sentido, también Accio, quien dedicará a Homero una actividad de erudito claramente helenística, cuando en sus *Didascalía* tiene que tomar partido por Homero o Hesíodo, se inclina por este último.

Respecto al eco homérico en Lucrecio y Catulo, Ronconi parte de un somero análisis sobre las características de esta época y el individualismo de ambos poetas. Lucrecio será más afín a Homero a través de su ennianismo, especialmente en el arcaísmo oracular de su lenguaje. Sin embargo, Ronconi opina que los ecos homéricos en Lucrecio son menos raros de lo que pensaba Bailey; homéricos son sus símiles, sus interpretaciones alegóricas, su cláusula *mortalibus aegris* que repite el *δειλοῖσι βροτοῖσι*, por citar sólo algunos ejemplos. Mención especial merece el paralelismo entre el fragmento que se conserva de Gn. Macio, autor de *mimiambos* y traductor de la *Ilíada*, y el correspondiente de la *Ilíada* homérica. En Catulo las imitaciones homéricas pertenecen más a un sustrato cultural e implican una participación del poeta en el mundo homérico; el mito le atrae a Catulo en cuanto ofrece un medio de expresión a su estado de ánimo; el dolor de Ariadna es el mismo dolor del poeta.

Según Ronconi, Cicerón no es sólo traductor e imitador de Homero, sino juez y crítico. Para el gran orador romano Homero es en la épica lo que Arquiloco y Píndaro son en la lírica y Sófocles en la tragedia. Cicerón, al estudiar las relaciones entre la poesía y la oratoria, se sirve del Homero «educador» para entender el ideal pedagógico romano (cf. *De Orat.* III 57 e *Il.* I 443).

Extraña a primera vista que, de la literatura imperial, Ronconi sólo haya tocado a Horacio. Para este autor Homero es el modelo máximo del *epos* tal como lo había proclamado Aristóteles, aunque, como ya había hecho Lucilio, pueda ser revisado en algunos puntos concretos. Sin embargo, Horacio, cuando habla de Homero, y en general de los autores griegos, es quizás más cauto que cuando habla de los poetas arcaicos de Roma. Frente a las críticas que había sobre el gran épico griego, Horacio se coloca en una posición ecléctica que deriva de Aristóteles en el *Ars* y de los sofistas y estoicos en la *Epistula* a Lolio Máximo, pero aun así se coloca contra la crítica demoledora de los *Ῥομηρομάστιγες* como Zoilo.

El autor recoge al final de libro una serie de testimonios y fragmentos sobre los autores por él estudiados cotejándolos con los respectivos pasajes homéricos. Estos testimonios ayudan a que la tesis de Ronconi sea más clara y aprovechable, aunque hubiera sido de desear que hubiera ampliado el número de fragmentos.

P. FLORES SANTAMARÍA

GARCÍA GUAL, CARLOS. — *Prometeo: mito y tragedia*. Pamplona, Libros Hiperión, Ediciones Peralta, 1979, 223 pp.

La propuesta que Carlos García Gual hace al lector de este libro es simple: «releer unos viejos y resonantes textos griegos, traducidos de nuevo al castellano y comentados con un cierto detenimiento afectuoso». Después de una monumental, casi abrumadora bibliografía sobre una figura del mito tan sugestiva como Prometeo, parecía como si de algún modo el titán hubiera cobrado una entidad casi de ser histórico; como si se le hubiera apartado de su ámbito natural, los viejos textos, y se le hubiera mitificado aún más al hacer un mito del mito, al haber echado sobre esta creación literaria todo el peso de los análisis psicoanalistas, estructuralistas y de los más diversos métodos. Pero sobre todo se corre en estos temas el riesgo de tomar una creación mítica como una unidad, la que sí tienen los personajes históricos, pero no los personajes míticos, sometidos a la continua adaptación que de su historia hace cada uno de los autores que los evocan en sus obras.

Por todo ello, una propuesta tan simple no deja de tener un indudable atractivo, incluso para los filólogos, a los que el autor expresamente no dirige el libro. García Gual nos vuelve a la fuente, al origen, a los textos más importantes de la literatura griega sobre la figura de Prometeo, acompañados de unos comentarios en los que demuestra que la filología no tiene obligatoriamente que ser aburrida y que el conocimiento necesario de la bibliografía y de los trabajos especializados sobre un tema no requieren ser exhibidos a cada paso. El libro es sugerente, abierto, con las imprescindibles referencias bibliográficas para el lector que desee profundizar en cada aspecto, pero sin erudición inútil. En todo momento se lee con agrado sin que llegue nunca a ser superficial.

Las traducciones de las dos versiones hesiódicas del mito, de la que Platón pone en su *Protágoras* en boca del famoso sofista, del *Prometeo encadenado* de Esquilo, del breve pasaje aristofanesco en *Aves* 1494-1552 y del *Prometeo* de Luciano constituyen un interesante recorrido por un amplio espectro de épocas y géneros literarios griegos, en el que se nos muestra la variedad del tratamiento del mito en consonancia con los propósitos de cada autor, es decir, en palabras del propio García Gual (p. 196), el «principio de intencionalidad literaria que late en todo texto mitológico».

El carácter abierto del libro hace, sin embargo, que en algunos momentos pierda un tanto su unidad. Por ejemplo, el breve capítulo «Nota sobre antecedentes míticos y tonos políticos» (pp. 162-164) trata dos cuestiones específicas —los posibles antecedentes del mito en la literatura del próximo Oriente y el carácter político de la versión esquilea— que no se avienen demasiado bien entre sí. Quizás habría sido preferible hablar de los antecedentes en la Introducción y del aspecto político dentro del comentario al texto de Esquilo. Algo parecido cabe decir del capítulo «Variaciones y simbolismos de la figura titánica de Prometeo» (pp. 193-207) en donde la enormidad del tema y la brevedad de tratamiento que se impone el autor lo sitúan ante una continua necesidad de renunciadas, cortes y abreviaciones.

Todo ello no empaña, sin embargo, lo más valioso del libro, que es a mi parecer precisamente esa intención de vuelta al origen: la presentación de los principales textos literarios griegos —cuidada y elegante en la traducción, atinada, escueta y precisa en el comentario—, de los principales textos literarios griegos en sus seme-

janzas y sus características específicas, que constituyen en suma un bosquejo más auténtico que el que cualquier otro estudio hubiera podido hacer de las diversas facetas de esa fantástica creación mítica y literaria que es Prometeo.

ALBERTO BERNABÉ

GADAMER, HANS G.—*Die Idee des Guten zwischen Plato und Aristoteles*, Heidelberg, Winter Universitätsverlag, 1978, 103 pp.

El autor de este libro es el padre de la hermenéutica contemporánea; de esa peculiar teoría de la lectura que tuvo en Schleiermacher —otro gran conocedor de Platón— uno de sus iniciadores. El libro más importante de Gadamer, *Verdad y Método*, recientemente traducido al castellano en la editorial Sígueme de Salamanca, expone detenidamente ese arte de la interpretación que prolonga nuestra posibilidad de diálogo con el pasado, enriqueciéndolo y, sobre todo, renovándolo. Porque, efectivamente, estamos necesitados de esa renovación. Los esfuerzos que la filosofía y la historia han hecho por aproximarnos al mensaje del tiempo humano y a las experiencias pasadas han caído muchas veces en cauces resecos por donde se arrastran imágenes sin consistencia, conceptos endurecidos por determinadas ideologías y manipulados por los intereses que las sustentan, esquematizaciones sin fundamento, trivialidades y escolasticismos.

Un ejemplo de los avatares a que está condenada cualquier obra importante lo encontramos en la historia del platonismo y, sobre todo, del aristotelismo. Lo que fue un pensamiento vivo, abierto, reflejándose en sus condiciones concretas de posibilidad, eco de las necesidades teóricas y prácticas de su tiempo, ha aparecido muchas veces en la tradición posterior como una serie de filosofemas inconsistentes, objeto de elucubraciones vacías y de formalismos sin sentido. Una buena parte del aristotelismo, por ejemplo, se ha perdido en esta desorganización de contenidos y contextos. El resto ha sufrido esa manipulación superficial en la que la semántica de las referencias totales, única capaz de servir a la interpretación, ha dejado lugar a una sintaxis en la que los términos encadenan extraños sistemas de signos, ajenos a sus condicionamientos y a su historia originaria.

Por supuesto, estas manipulaciones son parte del tributo que todo pensamiento creador tiene que pagar al conglomerado ideológico que domina, de alguna forma, en cada época. Todo ello hace que estudiemos el presente libro de Gadamer con creciente interés. Ver actuar, en la praxis concreta de la hermenéutica, los principios y orientaciones metodológicas que se exponen en *Verdad y Método* no deja de resultar aleccionador. La teoría hermenéutica no tiene justificación si se limita al campo de la simple teoría, del establecimiento de unas normas basadas en los buenos deseos de todo lector para entender plenamente lo que lee. La hermenéutica es un arte, una praxis, una experiencia concreta con textos concretos.

Entre los muchos trabajos de Gadamer sobre filosofía griega, destacan los estudios sobre Platón, que se iniciaron con un importante libro sobre la ética dialéctica en el *Filebo*. Pero desde la publicación de esta obra en 1931, los artículos de Gadamer no han llegado todavía a constituir una obra de conjunto que compendie su lectura del filósofo ateniense, *ordine hermeneutico demonstratus*. Dispersas en distintas revistas, reunidas hoy en los cuatro volúmenes de los *Kleine Schriften*, las investigaciones de Gadamer son sólo una importante serie de reflexiones par-

ciales en torno a un todo, también parcial, como es la obra de Platón y Aristóteles. Porque aunque haya que estudiar a estos dos autores dentro de un común universo de intenciones y logros, lo que ha llegado hasta nosotros es parcial; un territorio muy limitado, dentro del amplio dominio explorado por ambos. De Platón nos quedan los diálogos, o sea aquella parte de su obra dedicada al gran público, y no conocemos nada de sus trabajos en la Academia, de sus posibles escritos relacionados con su labor docente. De Aristóteles, que como es sabido, también escribió diálogos, se han perdido todos, mientras que, por el contrario, nos han quedado una buena parte de sus escritos y notas que reflejan un tipo de comunicación intelectual no orientada, principalmente, al gran público.

A pesar, pues, de estas diferencias formales en la obra de Platón y Aristóteles y de las supuestas oposiciones entre ambas, Gadamer defenderá la convergencia de problemas y la unidad efectiva de los planteamientos platónico-aristotélicos. Para ello ha tomado la idea de Bien como modelo sobre el que realizar su ejercicio interpretativo. La idea de Bien presenta una situación especial en el cosmos eidético. Desde ella pueden entenderse mejor algunos de los problemas fundamentales de Platón y del mismo Aristóteles.

En los cinco capítulos en que se divide esta investigación, Gadamer analiza, en primer lugar, aquellos presupuestos epistemológicos que pueden definir el marco en el que la idea de Bien se inserta. El Bien no puede ser sólo objeto de saber. Se desarrolla en un ámbito práctico. Si fuera tema exclusivo de especulación, el simple aprendizaje teórico nos llevaría necesariamente a una praxis inevitable, indiscutible y homogénea. La *areté*, en consecuencia, no se aprende con la *techne*. «Las tradiciones morales no se fundan sobre el aprender o el enseñar, sino sobre modelo e imitación. Jenofonte (*Memorabilia A 2*) afirmaba de Sócrates que éste no había prometido enseñar la *areté*, sino que lo que pretendía era despertar comportamientos miméticos con su ejemplo... Esto supone, sin embargo, un rechazo de la ética sofística que no pretende establecer nuevas normas morales frente a las de la tradición, sino transmitir de nuevo la misma *areté* de siempre» (p. 31). Esta «técnica» moral no es una moral. Tiene apariencia de moral; pero es sólo una simple elaboración del material tradicional, sin originalidad alguna y sin posibilidad de mostrar en él la esencial ambigüedad que este universo normativo comporta. El concepto de técnica no sirve, pues, para explicar nuestro conocimiento del Bien. Hay que descubrir formas nuevas de conocimiento para intentar una posible asimilación del Bien. Porque la *areté* es una forma de saber; pero este saber es respuesta a determinados planteamientos previos. Por supuesto que la *areté* no es Logos; pero se explicita y comunica a través del Logos. Esta unión de Logos y *areté* apunta a un aspecto práctico, a un análisis del *ethos*, como conglomerado de comportamientos organizados por estructuras racionales. La utopía política de Platón, con su paralelismo entre filosofía y poder, simboliza los niveles en los que el conocimiento se aglutina en acciones.

En el capítulo segundo Gadamer establece, pues, los puntos de contacto entre teoría y política, para mostrar ese conflicto que parece insuperable en el pensamiento de Platón. El conocimiento de la verdad, al que la existencia teórica se entrega, y las contradicciones de la vida política sólo podían reflejarse en un horizonte utópico que justifica, por consiguiente, cualquier huida. Pero esta oposición entre teoría y praxis adquiere en el *Filebo* que Gadamer estudia en el tercer capítulo una versión dialéctica que muestra un rico aspecto de la ya famosa aporía. La alternativa entre el placer o el pensamiento como posibles

bienes supremos que ya aparece en la *República* presenta aquí su más completo desarrollo. No se rechaza, como en la *República*, a los defensores del placer. El pensamiento ha de aceptar de alguna manera ese profundo principio de la vida, que la recorre y la condiciona. El principio del placer tiene para el hombre una poderosa naturalidad y no necesita, de suyo, ser argumentado para ser. El placer es un aglutinador de esas partes contrapuestas que constituyen la vida. Sin embargo, ello requiere una continua elección, orientada siempre por alguna forma de Bien y organizada por alguna forma de interés. El ideal de una vida con sentido es un Logos que apunta hacia un Ergon. Por ello es dialéctica la vida humana: es una y múltiple, ceñida por el pensamiento y atravesada por la realidad, como principio de placer y afirmación.

En las dos últimas partes de su investigación estudia Gadamer la versión aristotélica de la idea de Bien sobre los textos de las tres *Éticas*. Cuando algo es bueno, está caracterizado por una cierta simetría y bondad. Una forma de unidad que se resiste a cualquier desmoronamiento parcial. Lo bueno es armónico; solidario en sus partes como las que, en consonancia, organizan la ciudad platónica. En el fondo de los análisis aristotélicos subyace el mismo planteamiento platónico, que ahora adquirirá la forma concreta de una reflexión sobre la «filosofía práctica». Porque, efectivamente, bien sea como conocimiento técnico o como práctico-político, el Bien siempre está limitado a las condiciones de la praxis humana. Encontramos, de nuevo, la oposición entre ese Bien de la teoría y el hacer que constituye la racionalidad práctica del hombre. Esta diferencia entre saber teórico y práctico marca un aspecto esencial del pensamiento platónico-aristotélico: el ideal de una teoría que, gracias a su objetividad, fuese neutral ante cualquier tipo de interés práctico no es griego. Toda teoría descansa, pues, en el *ethos*. No hay teoría que no se levante sobre el suelo de tensiones, prejuicios y significaciones que constituyen la historia.

Es evidente que el Bien tiene que ser práctico, o sea, humano. El problema consiste, sin embargo, en dar suficiente consistencia universalizadora a la praxis, para que no quede supeditada a instancias del poder o del egoísmo.

El libro de Gadamer muestra, en análisis de gran agudeza y originalidad, cómo los filósofos griegos son todavía una fuente continua de estímulos y una lección insuperable de filosofía. Que después de veinticuatro siglos estos textos puedan aún dejarnos ver nuevos aspectos y señalar nuevas fronteras a la reflexión, es uno de sus más importantes méritos. El saber situarlos en esta fecunda frontera es el gran reto de la investigación contemporánea. Una objeción se ofrece, sin embargo, a este libro, por tantas razones excepcional y que representa algo distinto frente a esas interpretaciones triviales que siguen contándonos, monótonamente, una historia filosófica, anquilosada, esterilizadora y, desde luego, falsa. La práctica hermenéutica no deja de ser, en esta obra, resultado de una mente sutil, de un profundo conocimiento del mundo griego; pero lo que no está claro es si, en ella, se realiza ese ejercicio hermenéutico concreto fruto de una nueva metodología y de la que las densas páginas de *Verdad y Método* fuesen la teoría. Si esto no es así, resultaría, tal vez, que la hermenéutica, como práctica metodológica, es imposible o, al menos, difícil, y que, en principio, sólo podría servir de introducción a un empeño de lector en el que se condensasen nuestros deseos; los deseos de hacer que la voz del pasado no se extinga y de que no enmudezca, por la vulgaridad de tantas páginas inútiles, su mensaje.

EMILIO LLEDÓ

GUARIGLIA, O. N.—*Quellenkritische und logische Untersuchungen zur Gegensatzlehre des Aristoteles*. Hildesheim, Georg Olms Verlag, 1978, 131 pp.

Como el autor mismo señala en la introducción, este trabajo consta de dos partes perfectamente definidas. En la primera de ellas, el estudio se centra en las obras aristotélicas perdidas *ἐκκλογή (διαίρεσις) τῶν ἐναντιῶν* y *περὶ ἐναντιῶν*, que considera distintas en atención a su presumible diversidad de estructura y contenido. Lo más interesante de esta parte es, a mi juicio, el estudio acerca de la *ἐκκλογή*. La investigación se apoya en el análisis de los textos aristotélicos en que se hace referencia a las *systoichías* para a partir de ellos establecer la estructura de la tabla aristotélica de los contrarios y el tipo de conexión lógica existente entre los pares de éstos, llegándose incluso a conjeturar el contenido mismo de la presunta tabla aristotélica. Las dificultades son enormes, sin duda, y el esfuerzo realizado es meritorio si tenemos en cuenta la escasez de evidencias con que contamos. Al respecto, apenas podemos estar seguros de que a) según Aristóteles todas las parejas de contrarios (y no sólo «idéntico/diverso», «semejante/desemejante» e «igual/desigual», explícitamente citados al respecto por Aristóteles en *Met.* 1003b33 ss. y 1054a29 ss.) se reducen a el (los) par(es) fundamental(es) «uno/múltiple» y «ser/no-ser» y de que b) la relación existente entre los términos positivos y negativos es la misma, que los pares son análogos, lo cual posiblemente no signifique otra cosa sino que el uno es simple privación del otro o, también, que todos los pares *se reducen* al primero y fundamental. El autor, sin embargo, apoyándose en otros textos aristotélicos en que aparece la palabra *systoichía* (por ejemplo, *An. Pri.* 66b26 ss.), señala que la relación existente entre los términos que pertenecen a la misma *systoichía* es una relación de inclusión entre clases de modo tal que los términos inferiores lo serían de clases incluidas en las inmediatamente superiores hasta llegar a los términos de la oposición primera. Uno no puede por menos de preguntarse si el concepto de *systoichía* manejado aquí por Aristóteles puede trasladarse, sin más, al concepto de *systoichía* correspondiente a la tabla de los contrarios. El autor mismo viene a reconocer la dificultad cuando señala (p. 10): «Das bedeutet aber nicht, das innerhalb der *Systoichía* selbst ein strikt durchgehendes Inklusionsverhältnis bestehen muss». Este, a mi juicio, inevitable tejer y destejer penelopiano del propio argumento se muestra igualmente a la hora de la reconstrucción de la presunta tabla aristotélica de los contrarios (ofrecida en la p. 31). En efecto, una vez que se afirma que en *Phys.* 188b28 ss. Aristóteles se refiere a su propia tabla y no a la de los pitagóricos (p. 15), no hay más remedio que suponer (y el autor lo reconoce en la misma página) que la tabla aristotélica presumiblemente contendría *también* pares de opuestos pertenecientes a otros filósofos. Con estas observaciones pretendo poner de manifiesto las dificultades con que tropieza la investigación, dificultades que no disminuyen el interés de la misma, aunque ciertamente resaltan la problemática de sus conclusiones.

La segunda parte del trabajo se centra en la teoría aristotélica de los opuestos fundamentalmente desde una perspectiva lógica, ocupándose en primer lugar de las oposiciones básicas «ser/no-ser», «uno/múltiple», «identidad/diversidad», etc.) como fundamento de cualquier forma de oposición y, en segundo lugar, de las oposiciones de contrariedad, privación y negación. A mi entender (y a pesar de la precisión del autor acerca de la perspectiva lógica en que se sitúa), lo más discutible de esta segunda parte se halla en su tratamiento de la oposición «ser/

no-ser», para cuya interpretación toma (por supuesto, no sin razón) como punto de partida la doctrina platónica desarrollada al respecto en el *Sofista*. Esto lleva a interpretar el «ser» de la cópula aristotélica como una relación entre clases y a subrayar la —a su juicio— «estrecha conexión» existente entre «el significado de εἶναι, la predicación καθ' αὐτά y las categorías» (p. 58). De acuerdo con la perspectiva particular adoptada, la única visión de las categorías a que se presta atención es la que corresponde a los *Tópicos* I 9 o, para ser más exactos, a una de las dos consideraciones de las categorías que Aristóteles ofrece en este mismo pasaje. (Curiosamente, el autor cita desde 103b23 hasta 103b35, pero omite las cinco líneas siguientes donde Aristóteles marca explícitamente una diferencia neta entre la categoría primera y las restantes contra la afirmación categórica del autor para quien «in der Kategorienlehre der Topik kein Unterschied zwischen der ersten und der anderen Kategorien besteht», p. 57). Puesto que no hay espacio ni es el momento para la polémica, sugiero al lector que analice y compare los textos aducidos por el autor en relación con todo este asunto, especialmente el de *Met.* 1017a22 ss. (El autor señala que «eine Prädikation καθ' αὐτά nur bei Ausdrücken stattfinden kann, die derselben Kategorie angehören», p. 58, y a continuación aduce este texto de la *Metafísica* en que Aristóteles conecta las predicaciones καθ' αὐτά con el cuadro de las categorías. Pero el autor cita solamente hasta la línea 1017a27, pasando por alto las inmediatamente siguientes donde se dice: οὐδὲν γὰρ διαφέρει τὸ ἀνθρώπος ὑγιαίνων εἶναι ἢ τὸ ἀνθρώπος ὑγιαίνει, etcétera, 1017a27-28. Y puesto que el contexto no permite dudar de que Aristóteles propone estas frases como ejemplos de predicaciones καθ' αὐτά, una de dos: o esta expresión tiene aquí un sentido distinto a aquel en que piensa el autor —en cuyo caso este texto no puede aducirse como evidencia— o, si se mantiene que tiene el mismo sentido, entonces este texto no solamente no confirma, sino que positivamente refuta la afirmación no matizada del autor según la cual este tipo de predicación *solamente* es posible entre términos pertenecientes a la misma categoría).

El libro en su conjunto me parece interesante y ofrece análisis valiosos, por otra parte. (Es de destacar, a mi juicio, su análisis de la privación). Al final de cada parte presenta sendos resúmenes de las conclusiones a que se llega, resúmenes cuya lectura permitirá hacerse una idea clara del sentido y alcance globales de la investigación.

TOMÁS CALVO

BONELLI, GUIDO. — *Aporie etiche in Epicuro*. Bruselas, Collection Latomus CLXIII, 1979, 135 pp.

La tendencia a revalorizar diversos aspectos de la filosofía epicúrea, e incluso a subrayar la profundidad teórica de todo el sistema filosófico de Epicuro, es una constante general de la bibliografía especializada de los últimos lustros. La contribución de los filólogos italianos, desde Bignone a Diano y a Arrighetti, por no citar más que los tres nombres más destacados, ha sido de primera importancia en esa recuperación de textos y en esa apreciación filológica y filosófica. El presente estudio de G. Bonelli no se encuadra en esa línea, sino que, por el

contrario, pretende destacar las contradicciones e incoherencias de la doctrina epicúrea en temas tan cardinales como los de la felicidad y el placer. Con ello no pretende descubrir nada nuevo, sino volver a subrayar los absurdos doctrinales ya advertidos por Cicerón y Plutarco, según repite (cf., p. e., pp. 72-73).

Epicuro no puede salir peor parado de este enfoque, que arranca de los análisis platónicos y de las críticas ciceronianas. En el movimiento general de su filosofar «non contano niente gli argomenti di sostanza, le incoerenze in cui palesemente si cade, mentre contano i ricorsi adialettici con i quali si trova una scappatoia purchessia per uscire di difficoltà. L'impressione d'insieme che si ricava è insomma quella di un uomo per il quale la filosofia non avesse la funzione di reggitrice dei cardini della vita intellettuale ed etica» (p. 86).

De todos modos la condena de Epicuro no está basada en un análisis detenido de todo su sistema, sino de ese punto central que es su definición del placer. G. B. está de acuerdo con Cicerón en reprochar a Epicuro el manejo ambiguo de lo que, tanto Cicerón como él, suponen que se trata de un término muy sencillo y de simple denotación. En p. 38 se nos dice que el significado de la palabra «placer» (ἡδονή - *uoluptas* - *piacere*) es idéntico en griego, latín e italiano, sin más. Tal aserto no lo comparten los estudiosos modernos —y ya el viejo Demócrito había dicho algo al respecto—, que subrayan que el campo semántico de ἡδονή es muy distinto y más amplio que nuestro concepto de placer. En ello han insistido claramente Merlan, Rist, etc. (que, aunque citados en la bibliografía, no son tenidos en cuenta nunca).

Es probable, sin embargo, que G. B. desprecie estos distingos como menudencias propias de «filólogos», ya que no deja de atacar esos inútiles refinamientos y complicaciones de la Filología (cf., p. e., pp. 73, 89, etc.).

G. B. reprocha a Epicuro la confusión constante del placer con la ausencia de dolor, la «indolencia», un estado neutro (según Platón y él), ya que G. B. está de acuerdo con los cirenaicos en que el auténtico placer es siempre cinético. Acusa a Epicuro de embrollar las distinciones platónicas del *Filebo* y de continuas contradicciones. Entre ellas resulta escandalosa, dice, la de relacionar ese hedonismo turbio con las virtudes o el sostener que los dolores y placeres del alma son superiores a los del cuerpo, etc. (No advierte, por otro lado, la distinta concepción de las virtudes entre Platón y Epicuro, o la relación entre los componentes del conjunto psicosomático). Así llega a rechazar como un texto espúreo, o, al menos, «idealmente spurio» (p. 72) el de la *Carta a Idomeneo*. Advierte connotaciones platónicas en el uso epicúreo del concepto de ψυχὴ (!). Sospecha luego en los adeptos de la doctrina un inmoralismo práctico, oculto por hipocresía. «Non solo quindi per difendere i suoi piaceri, ma anche per difendere la sua inerzia bovina il sapiente epicureo sarà pronto a commettere qualsiasi delitto» (p. 45). Parece que los epicúreos unían a su confusión mental una buena dosis de mala fe.

Por lo demás, tanto la doctrina de la amistad como la de la religión en Epicuro están llenas de contradicciones (p. 83 ss.). «Epicuro era ateo. Non dell'ateismo superficiale, che nega l'esistenza, ma di quello, ben altrimenti profondo, che nega la provvidenza degli dei». Pero en estos temas G. B. no se detiene. Dudo que haya leído, aunque lo cita en la bibliografía, el clásico estudio de Festugière, y desconoce, desde luego, el de Fraisse, y otros, sobre la amistad.

Después de decirnos en un capítulo que el epicureísmo de Lucrecio era poco más que un pretexto para desfogar su ardor lírico, pasa en el último a criticar a algunos estudiosos modernos del epicureísmo, sobre el tema del tratamiento

del placer y distinciones crítico-filológicas al respecto. Pasa rápida revista a Brochard, Bailey, Bignone, Diano, Mondolfo, Steckel, Farrington y Pesce, censurándolos a todos por diversos respectos y falta de agudeza crítica.

En su librito, que más que entender trata de juzgar con un estilo irritante, digno de tiempos escolásticos, G. B. no trata de preguntarse por qué todos los estudiosos modernos han visto en Epicuro un gran pensador, un filósofo de enorme coherencia sistemática. Él se considera lo suficientemente agudo para compartir las tesis de Cicerón y de Plutarco acerca de la incoherencia radical del viejo fundador del Jardín, y cree que basta esta somera lectura para descalificarlo, y con él a toda la filología epicúrea de los últimos decenios.

CARLOS GARCÍA GUAL

Recherches sur les artes à Rome. Troisième cycle. Publications de l'Université de Dijon, LVIII. Paris, Société «Les Belles Lettres», 1978, 154 pp.

Esta obra es una publicación de conjunto en la que se recoge una serie de aportaciones de notables investigadores sobre el tema al que el título se refiere. La breve introducción de J. M. André en la página 5 sitúa al lector en la perspectiva adecuada. Las once colaboraciones que totaliza el volumen tienen de común la seriedad e importancia de los temas. A mayor abundamiento, no es menor mérito la brevedad, que hace al lector interesarse pronto por los temas y opiniones de los estudiosos, lejos del fárrago innecesario que tantas veces suele perjudicar a las obras de talante filológico. Por descontado que en este puñado de artículos la variedad no perjudica el interés del lector. Es verdad que alguna comunicación parece entrar con calzador en el tema general. Pero ello sólo acontece una vez, y como la propuesta está muy razonada (nos referimos a la de Engel) nada hay que oponer. Para nuestro gusto personal destacan tres trabajos: el de Joly y los de André y Michel. La propuesta de Joly parece muy conforme a razón. Basta conocer el mundo y las inquietudes horacianas para darse cuenta de que la afirmación de huida de la poesía que hace el escritor debe tomarse como con pinzas y no al pie de la letra. Ciertamente la atormentada psicología horaciana, que tantas veces se escapa al comentarista, se aviene de maravilla con lo que afirma Joly. Las propuestas de Michel y André, justas y cabales, destacan por su rigor y conocimiento de la materia. Mas para quien esto escribe hay un mérito especial, que creemos de justicia destacar. El mérito no es otro que la profundización en los entresijos filosóficos de las obras literarias latinas. La contribución acerca de Plinio de André es, al respecto, ejemplar. Lo mismo ha de decirse de la *Sapientia moderatrix...* de A. Michel en p. 140 ss. Desde hace mucho tiempo se viene notando la falta de un estudio serio y profundo de la literatura latina, más allá de las curiosidades eruditas acerca de la discusión de fuentes y preceptivas literarias de los géneros en las que se ha encajonado desventuradamente el estudio de la literatura latina. Perspectivas, desde luego, interesantes y que cuando ocupan el lugar que les es propio tienen su dignidad y su interés. Pero al tomar la primacía desplazan al autor latino, que apenas cuenta. En este sentido, pauta y culminación a un tiempo de un modo de entender la literatura latina ponderado y acertado, que no ha de traer sino ventajas, son las aportacio-

nes aquí señaladas. Digamos que ninguna comunicación desdice del tono general de dignidad y altura científica del volumen. Sólo que desde nuestra particular óptica hemos creído de justicia destacar los artículos aludidos. Sólo desmerece del tono general del volumen la presentación. Ciertamente las razones de índole económica la explican de sobra, pero no debemos dejar de entristecernos por el hecho de que estas publicaciones, serias y llamadas algunas a durar mucho tiempo como cabecera de investigación, aparezcan con el aire de provisionalidad que su presentación material les procura.

ENRIQUE OTÓN SOBRINO

MAGNO, PIETRO. — *Marco Pacuvio*. Milán, Edizioni Pegaso, 1977, 130 pp.

Sobre el tragediógrafo Marco Pacuvio existe una abundante bibliografía reciente, en su mayor parte de cuño italiano, y que podría sintetizarse para los veinticinco últimos años en los libros, en general breves, de M. Valsa (*Marcus Pacuvius poète tragique*, París 1957), I. Mariotti (*Introduzione a Pacuvio*, Urbino 1960), G. D'Anna (*M. Pacuvio*, Roma 1967); a ellos viene a sumarse la presente obra de Pietro Magno. De entre éstos y algún otro volúmenes, a los que deben añadirse varios artículos fundamentales de Italo Lana, Paolo Frassinetti, Paola Venini, Lucia Dondoni, Bronislaw Bilinski, etc., ha obtenido gran difusión y fama la obra francesa de M. Valsa, hasta el punto de poder considerársela obra básica sobre Marco Pacuvio. Ahora bien, para ser justos, lo que añadía Valsa al tratamiento del tragediógrafo por parte de Otto Ribbeck en su *Die römische Tragödie* (Leipzig 1875), ya antigua, pero siempre valiosa, era poco más que facilitar su lectura, y esto más por la dificultad que suponía encontrar el Ribbeck, todavía no reeditado, y por su lengua, el francés, que por el libro en sí, bastante farragoso y de lectura penosa.

Decimos todo esto porque la historia de las monografías pacuvianas parece ser la de un eterno retorno, si no la de una marcha atrás. El libro de Mariotti (1960), con muchas menos pretensiones, ofrecía poco después un valioso estudio breve, correcto y bien planificado, que tocaba los aspectos de la vida de Pacuvio, los restos de su obra, las tragedias una a una, la originalidad, la lengua y la fortuna del dramaturgo. Casi veinte años después, Pietro Magno, en un volumen de similares proporciones, parece que quiere presentar lo mismo, y luego no aporta prácticamente nada.

Para empezar, no se sabe bien, ni siquiera después de una lectura atenta, qué tipo de obra ha pretendido escribir el filólogo italiano, si un estudio biográfico-literario, o una edición; el presente volumen no es lo uno, ni lo otro. En efecto, a continuación de una página careta que indica «Cenni Bibliografici», aparecen diez páginas de lo que podría calificarse como breve repaso de la tradición impresa de la obra pacuviana, para acabar con una síntesis de bibliografía sobre el poeta. Con este preámbulo, uno esperaría a su comienzo una edición, al final una monografía, como el título de la obra quiere dar a entender; lo que aparece en realidad, a continuación, es un «Marco Pacuvio» articulado en siete apartados, cuya disposición es preciso buscar en el «Sommaro» de p. 17, so pena de perderse: introducción a Pacuvio; vida; arte trágico; arcaísmos; tragedias; modelos, valor del arte pacuviano. Juzgue el lector sobre la peregrina disposición del material; por si

ello fuera poco, le bastará repasar el elenco de ineptias que se dicen en el apartado 1 (pp. 17-19) sobre la literatura latina arcaica, para hacerse una idea cabal de lo que va a leer. Ejemplo de cómo puede hacerse literatura sobre la literatura puede encontrarlo en el apartado 3, cuyo sumario reza de este modo: «L'arte tragica di Pacuvio: potenza espressiva, capacità di meditazione e di pause, carattere dotto di tale arte». El apartado 4 no sabemos exactamente a qué fin apunta. El estudio de las tragedias, en las páginas 33-68, es excesivamente simple, y muy poco documentado, si se tienen presentes los magníficos materiales bibliográficos con que pudo contar el autor. Sin embargo, la verdad es que Magno se presenta a veces como hombre de un solo libro: habla de las ediciones de Pacuvio remontándose hasta la *editio princeps* del gramático Nonio Marcelo publicada en 1470 por Pomponio Leto... y, sin embargo, basa sus lecturas de Pacuvio en Warmington, edición que acaso podría considerarse «ottima sotto ogni punto di vista» (nota 17, p. 22), pero cuyo texto hay que superar si, como pretende el autor, quiere ofrecerse una monografía que al mismo tiempo pueda valer de edición completa (si no fuera así, ¿para qué publicar en *Addenda* todos los fragmentos no comentados en el *corpus* de la obra?). Ahora bien, cuando se quiere que un texto sirva de edición, debe cuidarse, cosa que no se hace ni mínimamente en este libro: sirva de ejemplo el fragmento largo de la página 29, que dispone gráficamente los versos sin orden ni concierto; peor aún, en la p. 31 se reconstruye un largo fragmento de la tragedia *Teucer* que no hemos encontrado en editor ni en parte alguna, a fuerza de coser fragmentos cortos de manera absolutamente arbitraria. Ya el colmo se encuentra en la nota 41 de la misma página, donde se afirma, con la idea de contradecir a una autoridad tan seria y benemérita como Otto Ribbeck, que «Cicerone implicitamente ce lo dice», algo que Cicerón no dice en parte alguna.

Lo dicho es sólo un botón de muestra. Ni como estudio biográfico, ni como análisis literario, ni como edición desarticulada, parece esta obra un avance en la bibliografía sobre Marco Pacuvio.

ANDRÉS POCIÑA

Virgil's Ascræan Song: Ramus Essays on the Georgics. Edited by A. J. BOYLE. Berwick, Victoria, Aural Publications, 1979, 124 pp.

Son siete trabajos encargados para este volumen y que se ocupan de algunos de los, en mayor o menor medida, lugares comunes de la crítica del poema didáctico virgiliano. En ellos, como se puede reparar ya en la introducción del editor, puntos claves y conformadores van a ser, entre otros, el análisis de estructuras e inmanente (en este sentido, se reconoce la importancia del cambio que, en el enfoque de las *Geórgicas*, han supuesto Klingner y Otis), la consideración de que la intencionalidad didáctica del poeta tiene poco que ver con la agricultura y, por último, la reflexión ante las varias paradojas o contradicciones de la obra.

G. Kromer se ocupa de las convenciones de la poesía didáctica y, especialmente, de la técnica narrativa empleada por Virgilio. P. J. Davis, estudiando el ideal pastoril, toca, por supuesto, aquellos centros de interés más generalmente debatidos (*otium, labor, bougonia*). Dos son las formas estructurales que, al analizar los aspectos descriptivos del texto, propone P. Connor: una de contrastes y otra de retorno (regular) de temas.

A pesar de su brevedad, particular atención por su nitidez nos merece la aportación de D. Wender: precisa ponderadamente las influencias literarias (aparte de las técnicas) a lo largo de los cuatro libros de la obra, dejando muy patente el progresivo paso de Hesíodo a Lucrecio y de éste a Homero. No se debería esta distribución de fuentes al cambio de contenidos ni al de lecturas o intereses durante el período de redacción, sino a algo deliberado: tras pasar de un campesino (griego) a un científico (romano), este último es abandonado por su actitud filosófica demasiado pesimista y pasiva (inapropiada para el campesino romano y para Roma) y se retorna a los modelos griegos (ahora, a uno más brillante, impersonal y aristocrático).

A. J. Boyle muestra el decisivo papel que hace jugar Virgilio a la estructura formal para expresar los paradójicos contenidos (socio-morales y políticos) que pretende. F. Muecke examina algunos pasajes de las *Geórgicas* que reflejan la toma de conciencia por parte del poeta del significado de su quehacer. En último lugar, A. Betensky vuelve a consideraciones estructurales y hechos contradictorios de la obra (sobre todo centrándose en II 273 ss.).

Es posible, pues, ver a través de este conjunto de contribuciones (al final se añade un índice de los pasajes citados en ellas) enfoques recientes e interesantes (no faltos de polémica, claro está) de algunas de las cuestiones suscitadas en torno a esta obra que Boyle no duda en calificar de «the most enigmatic of Vergil's poems» (p. 4).

L. A. HERNÁNDEZ MIGUEL

SALEMME, CARMELO. — *Marziale e la «poetica» degli oggetti. Struttura dell'epigramma di Marziale*. Nápoles, Società Editrice Napolitana, 1976, 148 pp.

La teoría crociana de «poesía - no poesía» que ha sido durante mucho tiempo base de parte de la crítica literaria italiana gravita a lo largo de todo este ensayo donde Salemme adelanta ya en el proemio la actitud de Marcial ante la realidad circundante. El poeta ha comprendido perfectamente la fuerza evocadora que reside en los objetos, hasta el punto de que éstos constituyen el centro de su poesía.

En el cap. I Salemme trata de dirimir la polémica sobre el manierismo o realismo de Marcial, tan radicalmente polarizada, adoptando una posición ecléctica. Señala cómo en Marcial se entremezclan las expresiones amaneradas con términos del *sermo plebeius* (pp. 12-17); sin embargo, no se trata de un simple gusto por lo plebeyo, ya que diversos elementos de este nivel de lenguaje, de neto carácter expresivo, los estiliza el poeta de modo que pierden dicho carácter en aras de sus artificios verbales y virtuosistas. Otro tanto ocurre con los grecismos y citas griegas: el poeta introduce unos y otras eliminando su carga significativa originaria y el antiguo tono popular, en busca de lo grotesco y humorístico. En definitiva, concluye Salemme, aunque en Marcial se da una cierta predilección por lo plebeyo, frente a la posición de otros autores contemporáneos, se ve ésta fuertemente condicionada por un intelectualismo de fondo y un virtuosismo tendente a la ambigüedad; una posición *anceps* debida a la influencia de la corte, de un lado, y al gusto del público, de otro.

En el cap. II, el autor aborda el problema de la relación entre forma y contenido. Examina primero las formas métricas usadas por Marcial y la presencia de

su estado de ánimo en ellas. Muestra a continuación cómo en muchas de las licencias métricas se da una búsqueda consciente de la expresividad. Por último, tras discutir la dependencia entre la elección de un metro y su contenido, llama la atención sobre el «conjunto de expectativas informativas que la forma métrica despierta en el lector». En este sentido, deduce dos características fundamentales del análisis de una serie de epigramas (cf. pp. 65-69): a) tendencia a conferir el máximo relieve a los objetos en la estructura métrica; b) tensión informativa en el metro, debida a la estructura del epigrama, que se resuelve al final. De este modo, pues, para Salemme, la forma métrica es determinante, hasta el punto de que, sin ella, el contenido de los epigramas de Marcial quedaría manco.

El título del cap. III, «El nuevo epigrama de Marcial», apunta ya la posición de Salemme sobre la originalidad del poeta de Bilbilis. Marcial no es un esclavo de las fuentes. El código temático recibido de la tradición epigramática es casi idéntico en Marcial, pero su escritura es nueva. Así se revela en el desmontaje de algunos de sus epigramas (p. 77 ss.). La influencia más decisiva es la de Catulo, pero Marcial modifica y amplía a éste (pp. 81-86). Influye también la diatriba cínico-estoica y la sátira, pero Marcial innova en la temática y en su escritura (pp. 86-91). El influjo de la retórica y el uso de las *sententiae* son evidentes, pero adapta la disposición de éstas haciéndolas coincidir con la *Aufschluss* (pp. 94-95). En suma, Marcial ha reaccionado frente al canon epigramático recibido, renovándolo y regulándolo definitivamente.

En el cap. IV Salemme trata de probar que existe en Marcial una «poética de los objetos», por más que no se halle explícitamente formulada en el poeta, o sea inconsciente. Marcial contaría con un número determinado de estilemas pre-existentes en su mente que tienden a recurrir en la estructura del epigrama. Junto a ellos surgen los objetos que, minuciosamente elencados y descritos primero en *Xenia* y *Apophoreta*, irradian luego a los libros I-XII con tramas más complicadas y nuevos significados que allí no poseían. Igual sucede con los estilemas. De ello se deduce que no hay que considerar al epigrama como un texto aislado, sino como parte de un macrotexto superior. Elemento fundamental para esta técnica de irradiación es la memoria que actualiza ecos y reminiscencias pre-existentes (p. 107 ss.). Gracias a ella surge un dinamismo asociativo que hace adquirir al objeto determinadas connotaciones significativas (véase, como ejemplo, la «segnicità» que adquiere el objeto que late bajo los *Eps.* IX 59 y X 80). Claro está que, para entender este valor significativo del objeto, hay que atender a todo el sistema y a las correlaciones que se dan en él. Por otra parte, los objetos apuntan hacia una «tipicidad» específica, al verse asociados a algunas figuras del mundo poético de Marcial, mundo grotesco tras el cual, para Salemme, se vislumbra «el drama de un hombre destinado a vivir una situación ambivalente».

Finalmente, en el cap. V, el autor aborda la valoración global del poeta, concluyendo que existe, en efecto, una «no-poesía» en Marcial cuya base está en los libros XIII y XIV, pero que se trata de una «no-poesía» funcional, dado que de la articulación dialéctica de los objetos que allí se han observado surge la «poesía» de Marcial. Lo mismo cabría decir de otras partes o epigramas de otros libros considerados por los críticos como no poéticos. La asociación, pues, y la variada combinación de los objetos garantizan en definitiva su connotación poética.

El ensayo se cierra con una visión panorámica de la bibliografía de los últimos años sobre Marcial, muy útil, y con tres índices: analítico, de pasajes y de autores citados.

Un libro, en suma, que nos parece sugestivo por el planteamiento original que Salemme ofrece en él e ilustrativo por el bagaje documental en que lo apoya.

Una observación que no empaña sin duda el mérito del trabajo: el autor ha cargado las tintas sobre la tensión informativa que provoca el metro haciéndola depender demasiado de éste; descuida, por ello, un tanto el análisis de otros procedimientos que tanto en prosa como en poesía suscitan dicha tensión y la expectativa del lector. Pienso que este análisis hubiera proporcionado una visión aún más clara de la estructura del epigrama de Marcial.

VICENTE PICÓN

LO CASCIO, FERDINANDO. — *Sulla autenticità delle Epistole di Apollonio Tiano*. Istituto Siciliano di Studi Bizantini e Neoellenici, Quaderni, X. Palermo 1978, 80 pp.

Con este trabajo sobre el epistolario de Apolonio de Tiana complementa Lo Cascio otro interesante estudio suyo sobre el taumaturgo de Capadocia, *La forma letteraria della Vita di Apolonio Tiano*, Palermo 1974, centrándose esta vez en las *Cartas* atribuidas a Apolonio, cuestión muchísimo menos estudiada y casi siempre abordada con intenciones biográficas. El título resulta algo desorientador, ya que el problema de la autenticidad no es ni el único ni el más importante en este excelente estudio filológico, histórico y literario de la tradición epistolográfica atribuida a Apolonio. En él, tras un análisis de las ediciones de las *Cartas* y un breve repertorio de los manuscritos más importantes (pp. 9-14)¹ traza Lo Cascio una breve historia de la cuestión (pp. 15-20) en la que reseña las opiniones más significativas sobre la autenticidad del epistolario en los últimos sesenta años y pone especialmente de manifiesto el carácter apriorístico de los criterios que se han empleado habitualmente para dictaminar respecto a esa autenticidad.

El grueso del estudio lo constituye no obstante el examen analítico de las *Cartas* (pp. 20-62) en que el autor hace una referencia del contenido de cada una de ellas y presenta, en su caso, los argumentos aducidos para negar su autenticidad. Hay indicaciones valiosas sobre errores muy extendidos en anteriores ediciones, como el de Kayser, seguido por Hercher, de atribuir a Apolonio como epístola 81 una cita de Estobeo que en realidad se debe a Simónides (p. 41 s.) o la omisión por parte de Kayser y Hercher de tres fragmentos de cartas de Apolonio conservadas en Estobeo (pp. 48-50). Pero sobre todo nos ofrece Lo Cascio numerosas anotaciones de muy diverso tipo sobre cada una de las cartas, constituyendo así el primer análisis literario serio sobre las *Cartas* de Apolonio.

En cambio echamos de menos una sistematización y valoración de los diversos criterios objetivos para determinar la autenticidad de las *Cartas*. Si bien de hecho estos criterios son utilizados por el autor, como por ejemplo el de cronología coincidente (p. 20), imposibilidad de un destinatario (p. 26), etc., aparecen de forma dispersa, y habría sido interesante una presentación previa de los criterios, en un terreno en el que se necesita mucho basar una metodología que evite las aprecia-

¹ El autor reseña el proyecto de edición de F. D'Oria, que superaría las ya obsoletas ediciones de Kayser y Hercher. En la actualidad contamos asimismo con la interesante edición comentada de R. J. Penella, Leyden 1979.

ciones apriorísticas. Excepción en este sentido son los rasgos de estilo y formales que son los más sistematizados por Lo Cascio.

Las probabilidades de autenticidad se resumen en las pp. 58-62. En general el autor se muestra más bien proclive a admitir como auténticas las cartas, lo cual constituye una cierta (y sana) reacción contra el exceso de desconfianza propios de algunas épocas respecto de la autenticidad de la literatura epistolográfica en general.

En un último capítulo (pp. 63-80) Lo Cascio reseña los datos de las *Cartas* utilizables como documentos para la biografía y el estudio de la personalidad del Tianeio.

En suma, los indudables méritos de este libro son precisamente los que no son esperables por su título, es decir: el ser el primer estudio literario completo, lleno de valiosas indicaciones históricas y de estilo, de las *Cartas* de Apolonio, mientras que precisamente el tema de la autenticidad es un aspecto relativamente secundario y tratado menos sistemáticamente por el autor.

ALBERTO BERNABÉ

HANI, J.— *La religion égyptienne dans la pensée de Plutarque*. París, «Les Belles Lettres», 1976, 492 pp.

Sobre el *Acerca de Isis y Osiris* de Plutarco contábamos ya con dos comentarios importantes y amplios: el de Th. Hopfner *Plutarch, Ueber Isis und Osiris*, 2 vols., Praga 1940-1941, y el más reciente de J. G. Griffiths *Plutarch's De Iside et Osiride*, ed. con trad. y com., Un. de Wales, 1970. Este amplio libro de Hani recoge la aportación de estos y de otros importantes estudios sobre esta obra, tan importante para comprender el mito egipcio en sus líneas fundamentales, y tan interesante a la vez por la exégesis teológica y la atención del viejo y docto Plutarco.

Ya desde un comienzo, hay que decir que el estudio de Hani destaca por la cuidada estructuración del comentario en tres partes («Le mythe osirien», «La théologie osirienne», «Le culte osirien»), enmarcadas por una breve introducción y una breve conclusión. Luego, tiene dos virtudes esenciales en su amplia exposición, a lo largo de casi quinientas páginas, que son siempre claras: la matización de los juicios sobre la perspectiva del escrito de Plutarco, y la contrastación metódica de los datos del texto griego con lo que sabemos por otras fuentes. (En esto se ha servido, naturalmente, de los libros ya mencionados, pero siempre con una agudeza crítica personal.)

La parte primera, que relata el mito de Osiris —del que el relato continuo de Plutarco es nuestra fuente principal para reconstruir el tema en su conjunto—, está admirablemente narrada. Y la parte tercera, que trata del culto (sacerdotes, fiestas, tabúes, culto a los diversos animales, etc.), es también un buen ejemplo de exposición detallada y completa. Con todo, me parece que la mayor aportación de Hani está en sus consideraciones de conjunto sobre la perspectiva exegética que Plutarco adopta al considerar el mito. Los caps. I y VII de la segunda parte («La méthode théologique de Pl.» y «L'exégèse métaphysique et initiatique: de la démonologie au dualisme platonicien») me parecen escritos con una admirable

precisión, desde el punto de la ubicación de Plutarco en la historia del pensamiento griego, y en la de la interpretación de los mitos.

Como señala repetidamente Hani, Plutarco no se interesa, en contraste con Heródoto, por los detalles pintorescos de los ritos egipcios y no describe aquello que podría llamar la atención de un observador ingenuo; sino que enfoca el mito y el ritual como un teólogo y un historiador de las religiones, interesado en rastrear, bajo las palabras y los relatos exóticos, un trasfondo de verdad, alegórico, simbólico y válido para un espíritu religioso como el suyo. En su tratado Plutarco nos da la versión más completa que poseemos del mito de Osiris, como es bien sabido. Y sus informaciones revelan un conocimiento profundo de los temas, una información muy exacta en la mayoría de los detalles (incluso en los referentes a detalles lingüísticos y etimologías, en que los griegos no solían ser muy escrupulosos). Desde luego el sincretismo egipcio de época helenística y la perspectiva de la especulación alejandrina encuadran el panorama que Plutarco da acerca del osirismo, pero eso no es obstáculo a una buena utilización de fuentes egipcias. Por otra parte, el platonismo ha dado a Plutarco la concepción filosófica del mundo desde la que traza su exégesis, rechazando el evemerismo y las explicaciones alegóricas físicas de los estoicos. La moderación de Plutarco, su buen sentido crítico —sobre todo en esta obra de su madurez— le convierten en un excelente y comprensivo historiador y exégeta, que contrapone a veces varios tipos de explicación (p. e., respecto a la teoría del origen de la zoolatría egipcia), para señalar sus preferencias por esta o aquella teoría.

El libro de Hani destaca con claridad estas virtudes del pensador de Queronea: sus amplios conocimientos, su afán de exactitud, la seriedad con que se plantea la exégesis, de modo que también el comentario del mito y la religiosidad egipcia resulta un significativo trazo en su concepción personal de la piedad y de la religión, como anuncio del sincretismo místico que se extenderá desde fines del siglo II por gran parte del mundo griego.

En resumen, es éste un libro importante sobre un tema interesante para la comprensión del mito egipcio y de sus relaciones con el pensamiento griego, y también para la de la figura de Plutarco (sobre la que hay estudios recientes tan importantes, como el de D. Babut, Y. Verniere, etc.); y un comentario profundo y detallado escrito con admirable precisión.

CARLOS GARCÍA GUAL

KNAPP, FRITZ PETER. — *Das lateinische Tierepos*. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1979, 178 pp.

El presente libro, publicado dentro de la colección «Erträge der Forschung», representa una exposición de conjunto y una puesta al día de lo que se sabe hoy de la épica animal latina de nuestra Edad Media y, añadamos, de sus derivados en el *Roman de Renart*, el *Reinhart Fuchs* y otros poemas (aunque esta última parte está tratada, como es natural, de un modo más sucinto). Es presentada críticamente toda la bibliografía y el autor toma posición señalando las posibles soluciones y las lagunas, pero siempre sobre la base de una buena exposición de las fuentes y de sus intérpretes. Hay que decir que el libro llena una patente

necesidad para el que no quiera perderse en una bibliografía especializada, a veces difícil de localizar. Sobre todo para el clasicista y el estudioso de la fábula en general es muy bienvenido.

Las partes más importantes son la exposición y estudio de la *Ecbasis cuiusdam captivi per tropologiam* y del *Ysengrimus*; más sumaria es, como hemos dicho, la exposición de la épica animal francesa y germánica (seguida de unas consideraciones generales sobre épica animal, fábula animal y sátira). Y se añade un apéndice sobre el *Speculum stultorum* de Nigellus de Longchamp.

En el caso de los dos poemas principales se sigue un orden de exposición semejante, que se refiere al autor, lugar y época de origen; a la composición; a la lengua y estilo; a los motivos; y a la intención de los poemas. Son estudios muy eruditos que nos suministran datos absolutamente necesarios para poder juzgar la fábula latina medieval. Entre otros, señalemos la fecha de la *Ecbasis* hacia la mitad del siglo XI y del *Ysengrimus* hacia 1148; la localización de la primera en la región de Tréveris y las dudas de que el segundo provenga exactamente de Flandes, como suele decirse; la crítica de las interpretaciones que entienden ambos poemas como escritos en clave, con referencia a personajes determinados; todo lo relativo a las relaciones de ambos con la historia contemporánea, la crítica del clero o los monjes, etc.; los estudios, en relación con esto, de la intención de los poemas, etc.; los relativos a lengua y estilo, que hacen ver la compatibilidad de una erudición antigua importante (y unas grandes dotes de estilo, sobre todo en el caso del *Ysengrimus*) y un influjo de la cultura monacal contemporánea y aun de elementos populares.

Todo esto es importante porque suministra una especie de telón de fondo para poder juzgar la épica animal medieval. Quizá sea, sin embargo, de mayor interés para el estudioso de la fábula el estudio de la composición de ambos poemas (y el influjo en la misma de géneros antiguos y procedimientos medievales) y el de las fuentes. Igual hay que decir en el caso del *Speculum*, estudiado como decimos más sumariamente, pero sobre los mismos principios.

De todas maneras, el estudioso de la fábula en general y de la fábula antigua en particular echa de menos, sobre todo en estos dos apartados, muchas cosas que le gustaría saber. No es culpa del autor, sino del estado de la investigación, que él fundamentalmente resume y critica. Se trata de un manual al que no podía pedírsele un avance decisivo en estos terrenos. Aun así resulta, creo, de interés señalar los puntos débiles de la investigación actual sobre la épica medieval latina, tal como aparece aquí recogida.

El mismo autor señala con razón que la composición de los poemas ha sido muy poco estudiada y cuando lo ha sido, así en el caso del *Ysengrimus*, se ha tendido a hacer subdivisiones arbitrarias que de ningún modo estaban en la intención del autor. Knapp aporta mucho en este terreno, sus análisis de las tres obras son una base precisa para cualquier estudio posterior. Pero me parece que nadie se ha propuesto claramente el verdadero problema que queda, en relación con la composición y estructura de estos poemas, una vez que se han desechado, en relación con su origen, las fantasías de Grimm y se piensa, como nuestro autor, que la base de nuestros poemas está en fábulas de la tradición greco-latina, adicionadas con ciertos elementos populares. El verdadero problema es el de cómo se ha pasado de la fábula antigua transmitida en colecciones (e incluso de algunas fábulas-ejemplo enmarcadas en un contexto que pudieron llegar al conocimiento de la Edad Media, así algunas de Horacio) a la fábula ampliada en una narración

de corte épico dentro de la cual la fábula sirve a su vez como ejemplo (a veces alternándose en esta función con anécdotas y narraciones diversas).

Se trata de dos tipos muy diversos de presentación de la fábula. No podemos desarrollar aquí extensamente nuestras ideas sobre esto, pero queremos anticipar que, en nuestra opinión, el paso de un tipo de narración fabulística a otro no puede comprenderse sin la intervención de la fábula india por caminos que no conocemos pero, en todo caso, en fecha muy anterior a la traducción castellana del *Pañcatantra* (el *Calila e Dimna*) de 1251. Podrían señalarse, entre otros argumentos: la estructura compositiva que involucra fábulas dentro del relato, con fines de argumentación o explicación; temas como el de la corte del león, muchísimo más desarrollado en detalle en la India y la Edad Media que en Grecia y Roma; nombres propios dados a los animales (aún no en la *Ecbasis*); temas indios, como el del símbolo de la vida humana (el hombre a punto de caer al pozo que se agarra a un árbol mientras en el fondo esperan las bestias) en el *Speculum* (reconocido por Knapp, p. 123); el de la zorra caída en la cuba del tintorero (en el *Roman de Renart*, rama Ib, cf. L. Foulet, *Le Roman de Renart*, París 1968, p. 357); el de las aves mensajeras y los consejos políticos de la zorra al rey león en la *Ecbasis*.

Incluso los modelos antiguos han sido poco explorados. Pienso que el *Speculum*, con su tema del asno viajero que pasa, por así decirlo, su «espejo» crítico sobre la sociedad, no puede ser independiente de la novela realista antigua (*Vida de Esopo*, *Satiricón* y, sobre todo, *Asno* de Luciano y Apuleyo).

Pero, sobre todo, los medievalistas, que tanto tienen que enseñarnos para conocer el ambiente contemporáneo de la épica animal, reflejado en ella, tienen hoy día ideas más bien limitadas sobre la fábula antigua. Nada extraño, pues se trata de un género que sólo en los últimos años puede estudiarse con criterios claros en cuanto a cronología, ramificaciones, ideas, etc.

De una parte, me resulta claro que el elemento «antiguo» conservado en estas colecciones es mayor del que se dice en cuanto a ideas e intenciones. Ya en la *Ecbasis* temas fabulísticos como el de que «la naturaleza no cambia», el de la astucia que vence a la fuerza, el del concurso de canto de las aves, el de la adulación como arma de la zorra, el de la sátira, están presentes. En el *Speculum* el tema del asno que quiere cambiar su naturaleza (se queja de lo breve de su rabo) y sufre castigo, depende estrictamente del mismo tema en diversas fábulas, por ejemplo, en la de «El camello y Zeus» (119 Hausrath). Las especulaciones sobre la definición de la fábula y el carácter medieval de la sátira de la épica animal en Knapp, p. 102 ss., deberían ser revisadas desde este punto de vista: con frecuencia se trata de rasgos que perviven en la Edad Media, aunque se adapten al ambiente de ésta y sean los falsos monjes y no los falsos filósofos, por ejemplo, los criticados. Pero basta repasar el índice de motivos de la fábula antigua (la más antigua y la clásica) en mi *Historia de la fábula greco-latina* (Madrid 1979), pp. 173 ss., 619 ss. y compararlos con los motivos de los poemas a que ahora nos referimos para hacer ver que las coincidencias son grandes. Ciertamente, es bueno que los especialistas pongan de relieve aquello que en cada época o género es característico: pero los lazos hacia atrás deben ser examinados, también, con cuidado.

Más grave es lo relativo a los temas o modelos de las distintas fábulas. Knapp ha hecho un esfuerzo por sistematizar lo que se sabe de las fuentes de los poemas medievales, sobre todo del *Ysengrimus*, cf. p. 65 ss. Señala las coincidencias con

la *Ecbasis* (que es a todas luces la fuente original), con fábulas antiguas diversas, con otras populares; y, también, las derivaciones en poemas latinos o romances posteriores. Él mismo se da cuenta de lo insuficiente de los paralelos en el caso de algunas fábulas (cf. p. 73), pese a lo cual se dan en el cuadro de pp. 66-67, bien que entre paréntesis. Pero no es sólo esto. La tradición fabulística antigua es infinitamente más rica de lo que de dicho cuadro se deduce. Por ejemplo, para investigar el origen de la fábula de la venganza de la zorra contra el lobo en la corte del león (hace que sea desollado vivo para curar a éste), habría que utilizar un material mucho más rico que el empleado: imposible exponerlo aquí. E igual en otros casos: no está, hoy por hoy, establecida la línea de transmisión de las fábulas de la Antigüedad a la Edad Media, podemos decir en resumen. Todo lo más, se señalan las coincidencias temáticas.

Es que es preciso distinguir, dentro de la fábula antigua, entre las diversas versiones. Cuando en el cuadro de Knapp se hace referencia a fábulas antiguas, las más veces se contenta con referirse a la numeración de Perry (P.). Pero hay que saber que P. 258 (la medicina del león que cuesta la vida al lobo) está sólo en la *Accursiana*; no en toda la tradición anónima sino en su etapa más reciente; P. 348, aparte de tener una relación dudosa con el tema de la partición del jamón, resulta que es una fábula de la paráfrasis Bodleiana, que puede venir o no venir de Babrio; P. 252 es de la *Vindobonense*; P. 461 es nada menos que de Nicéforo Basilaca, una fábula bizantina; P. 372 es Babrio 44 ¡citado como una fábula diferente! Difícilmente puede llegarse, así, a grandes resultados en este terreno. Ni tampoco en el de las relaciones internas de la fábula medieval (diversas colecciones latinas, *Roman de Renart*, etc.).

Insistimos en que, con esto, no hacemos otra cosa que señalar las deficiencias que existen actualmente en el estudio de la fábula medieval: nuestro autor no podía evitar que repercutieran en su libro. En realidad, es el estado de atraso de los estudios de la fábula antigua el que aquí deja sentir su influencia. Su progreso se dejará sentir, sin duda, igualmente, mientras que la muy meritoria labor de Knapp y sus predecesores en el campo de la fábula medieval deberá ser recogida e integrada por los estudiosos de la fábula antigua, a los que suministra datos que a veces se nos han perdido en la Antigüedad. El campo de la fábula es muy vasto y sólo el esfuerzo conjunto o alternado, si se quiere, puede llevarnos más adelante en terrenos como el de la evolución de los temas, la estructura compositiva, la adaptación a diversas sociedades e ideologías, la función misma del género. Hay que decir que el presente libro representa, con las lagunas que pueda tener, un punto de apoyo importante para el progreso del conocimiento de la tradición fabulística.

FRANCISCO R. ADRADOS

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

From the Gustavianum Collections in Uppsala, 2, 1978. The Collection of Classical Antiquities, History and Studies of Selected Objects. Boreas, Uppsala Studies in Ancient Mediterranean and Near Eastern Civilizations, IX. Upsala 1978, 137 pp.

El volumen, restringido a la colección arqueológica griega y romana de la Universidad de Upsala, viene a ser el segundo de la serie destinada al estudio de los objetos más significativos de los tres Museos ubicados en el Gustavianum: Museo de antigüedades egipcias (VI: *From the Gustavianum Collections in Uppsala*, 1974), el Museo de antigüedades escandinavas y el Museo de antigüedades clásicas. A una selección de piezas de esta última colección está dedicado este número de *Boreas*.

El Museo contiene fundamentalmente materiales de las excavaciones suecas en distintos puntos de Grecia, Micenas, Chipre (Asine y Sinda), Afidna, Larissa, Kalopsidha y otros lugares de Asia Menor. Son los vasos cerámicos chipriotas y griegos el mayor contingente de las piezas expuestas. A los recipientes cerámicos se añaden 130 figuras de terracota, 70 bronce de distinta época, 91 monedas griegas y romanas, 12 inscripciones en su mayor parte latinas, 20 esculturas, cuatro bustos romanos de mármol y 43 lucernas. Al contenido, historia y exhaustiva lista de adquisiciones dedica G. Nordqvist el primero de los estudios incluidos en el volumen.

Cinco vasos de procedencia desconocida, pero de caracteres similares a los de la cerámica de Yortan: cuatro jarras (tres de ellas con triple o cuádruple pie), y un *pyxís*, contemporáneos a Troya II, o probablemente Troya III, sirven a G. Warberg para suponer a esta cerámica un período comprendido entre el Bronce Inicial I y III y extensivo al Occidente de Asia Menor y Oriente del Egeo. G. Warberg recoge, a su vez, la colección privada formada en los años treinta por L. E. Larsson, participante de la expedición sueca a Chipre. Consiste ésta en un grupo de 15 vasos y figuras chipriotas, de datación comprendida entre el Bronce Medio y el Chipriota Arcaico, y en una lucerna de volutas (siglo I d. C.).

En un tercer trabajo G. Walberg estudia el pendiente colgante hallado en Sinda, de oro repujado y configurado en dos láminas bifaciales con la representación de la cabeza de un toro. Fue encontrado en el estrato 2 del patio exterior de la Gate House, y supone el *terminus ante quem* de la destrucción de Sinda, ocurrida en 1190 a. C., a la que sigue el segundo período de existencia de la ciudad. El pendiente corresponde al tipo 6 de Aström, cuya cronología cubre el período de tiempo de expansión micénica del siglo XVI a. C. a 1190 a. C. No es improbable, desde el punto de vista estilístico, la fecha del siglo XIII a. C.

C. Melldahl y J. Flemberg estudian una *hydria* del pintor de Teseo con la representación de un sacrificio a Atenea. La *hydria*, de probable finalidad sacral, presenta un gran parecido con el pequeño *kalpis* del pintor de las medias palmetas, y su datación ha de suponerse dentro del período tardío arcaico (segunda mitad del siglo VI a. C.).

J. Flemberg presenta dos bolas de honda de plomo de tipo común griego. Portan, respectivamente, las siguientes inscripciones nominales en genitivo: $\theta\acute{\epsilon}\alpha\rho\omicron\varsigma$ y $\chi\acute{\alpha}\beta\beta\omicron\upsilon$, no frecuentes entre los nombres griegos. La cronología más certera para este tipo de piezas de armamento está contenida en las halladas en Olinto, para las que se otorga la fecha de la primera mitad del siglo IV a. C.

Por último, B. Bergqvist analiza detenidamente la iconografía y plástica de una cabeza de Sérapis, cuya modulación facial y factura al trépano de cabellera y barba se encuadran en la escultura temprana antoniniana.

MARÍA CRUZ FERNÁNDEZ CASTRO

AUSTIN, N. J. E. — *Ammianus on Warfare. An Investigation into Ammianus' Military Knowledge*. Bruselas, Colección Latomus CLXV, 1979, 171 pp.

La célebre revista belga de estudios latinos ha dado a la estampa un nuevo volumen de su colección dedicado al estudio de los conocimientos de índole militar que se pueden deducir de la lectura de la obra de Amiano Marcelino, habiendo encomendado esta labor a N. J. E. Austin, ya conocido por haber publicado con anterioridad diversos trabajos acerca del historiador antioqueno.

Austin divide su obra en cuatro grandes apartados seguidos de un apéndice y de un repertorio bibliográfico. El primero de ellos, de carácter introductorio, se ocupa de la figura de Amiano desde un triple punto de vista, el biográfico, el relativo a su carrera militar y el concerniente a su profesionalidad dentro del mundo de las armas. El segundo y el tercero se dedican respectivamente al estudio de sus conocimientos estratégicos y tácticos con un esquema igual en ambos consistente en una sección introductoria acerca de la recapitulación y evolución por parte de Amiano de los diferentes datos relacionados con cada una de estas materias, en su materialización en los hechos concretos narrados en las *Res Gestae* y en unas conclusiones. Por último, se cierra el trabajo de Austin con otras conclusiones ya de tipo general, con un apéndice en donde recoge y traduce el texto de Amiano (XXIV 7, 1-6) dedicado al consejo de guerra que Juliano presidió en Ctesifonte en el decurso de la campaña de 363 y con una bastante completa bibliografía.

Creo que el presente trabajo puede calificarse de obra de divulgación, siendo aceptable por fines didácticos la división que efectúa el autor entre datos de tipo estratégico y de índole táctica que es en sí meramente convencional y a la que el mismo Austin no duda en calificar de «an arbitrary one», si bien se justifica con las siguientes palabras: «there are few hard and fast divisions between the two in the field, especially in view of the closeness of ancient warfare to the participants, unlike what obtains most of the time on a modern battlefield».

Igualmente, pueden señalarse como aciertos de la labor de Austin la refutación de la idea de que Amiano hubiese sido un oficial de artillería, hipótesis que fue planteada en base a la detallada descripción de la maquinaria bélica que aparece en XXIII 4, demostrando que no se trata más que de una de las digresiones eruditas que jalonan las *Res Gestae*, y el proporcionar una visión bastante global de los datos de este cariz existentes en la obra amiana partiendo de la base de que el principio central que informa el trabajo de Austin es el expuesto en la p. 21, «it could reasonably be claimed that after Caesar himself, he (Ammianus) was the most important and knowledgeable Roman military writer».

No obstante, este trabajo posee varios puntos oscuros. El primero de ellos afecta a su propio planteamiento, pues su contenido no merece un libro, sino que en realidad es un artículo, y con la circunstancia agravante de que se limita a ser una simple glosa de las *Res Gestae*, lo que se debe en mi opinión a que dentro de la muy rica bibliografía que sobre Amiano ha visto la luz de unos años a esta parte, al lado de soberbios trabajos han aparecido otros que no son sino paráfrasis o ramplones índices analíticos de la obra del historiador de Antioquía, y el presente estudio de Austin ha de calificarse como una glosa. Asimismo no se ocupa de utilizar los datos del «modesto historiador» del que hablaba Gibbon como fuente esencial para el análisis de las tácticas castrenses imperantes en el siglo IV, época que el propio Austin reconoce que se halla caracterizada por una

intensa actividad militar. Un tercer fallo estriba en que la visión de Austin de las misiones de los *protectores domestici* es demasiado unilateral, puesto que los considera fundamentalmente como los integrantes de un servicio de inteligencia: indudablemente ésta era una de sus misiones pero no la principal, ya que otras funciones más esenciales que éstas eran el reclutamiento, la inspección del tráfico efectuado por mar y por tierra, y la verdaderamente esencial de arrestar y conducir a sus respectivos destinos a personas importantes, además de labores de ingeniería militar. Y finalmente, es digno de lamentar el que Austin no utilice otras digresiones eruditas que acerca de las máquinas de guerra fueron escritas en el Bajo Imperio como el tratado *De rebus bellicis*, tan magistralmente editado por Thompson, y cuyo análisis comparativo puede arrojar luz acerca del problema de si la cultura sobre el particular de Amiano era propia o si bien era fruto de esa erudición de segunda mano a base de manuales, de obras de polígrafos y de eptomes que en las digresiones amianas creía ver el malogrado P.-M. Camus, faltando dentro del presente libro una consideración general acerca de si la campaña persa de Juliano estuvo bien o mal llevada desde un punto de vista militar, cuestión esta última que es susceptible de crear una gran discusión.

Se puede, pues, afirmar que es un libro válido para un primer acercamiento a lo militar en la obra de Amiano, pero que con vistas a una profundización es necesario el completarlo con los títulos que sobre temas castrenses proporciona el mismo Austin en la bibliografía.

GONZALO FERNÁNDEZ

V. RESEÑAS BREVES

Poetesse Greche e Romane, a cura di ELEONORA CAVALLINI. Venecia-Roma, Corbo & Fiore Editori, 1980, 168 pp.

Poetesse Greche e Romane es una nueva antología de poetisas griegas y romanas, que comprende textos críticos, versión poética en italiano, introducciones históricas y breves notas exegéticas.

Su resumen: Safo, frs. 1-2; 16; 31; 38; 47-49; 57; 94; 96; 105 b; 120; 126; 130; 132; 158; 168 b V., con el texto de Voigt; Corina, frs. 2, 1-5; 11 a P., según los *Melici* de Page; Erina, *La Rueca*, 15-35; 46 West (*ZPE* 25, 1978); *AP* VI 325; VII 710; 712; Anite, *AP* VI 123; 312; VII 190; 215; 313-314; 538; 646; 649; IX 144; 313; 745; *AP* I 291; Nóside, *AP* V 170; VI 273; 275; VII 414; 718; IX 332; 604, todo citado por la edición Gow-Page; Sulpicia, III 13-18 = IV 8-12, según el texto de Ponchont.

Lo más destacable de este pequeño y manejable libro es: 1) una iniciación filológica a los textos (en sus notas interpretativas, la autora da razón de las más recientes investigaciones: particularmente, de ensayos de Lobel, Page, West, Bowra; Gentili, Marzullo, Degani, Privitera, Bonanno, Lanata, y también de ella misma, en calidad de investigadora en el Instituto de Filología Clásica de Bolonia); 2) un análisis del contexto histórico y social en el que los autores griegos y latinos vivieron y trabajaron (a la luz de las obras de Pomeroy, Glotz, Finley, y también de Engels; 3) la tentativa de ofrecer una nueva interpretación estética y ética de

estas poetisas (en la traducción, tal intento es expresado por formas poéticas que son típicas del *Novecento* italiano).

En oposición a una crítica que desconoce la conexión de las poetisas clásicas con las circunstancias sociales contemporáneas y que prescinde, con gazmoñería victoriana, de hablar de sus «pervertidas» tendencias, esta breve antología —que trata con franqueza la homosexualidad de Safo y la explotación de las mujeres por los hombres en la Grecia antigua— representará a buen seguro una lectura provechosa.

J. LÓPEZ FACAL

BODRERO, EMILIO. — *Il principio fondamentale del sistema di Empedocle. Studio preceduto da un saggio bibliografico e dalla traduzione dei frammenti Empedoclei.* Roma, Giorgio Bretschneider, 1975 (edición anastática sin variaciones de la de Roma 1904), 177 pp.

Resulta casi incomprensible la reimpresión en 1975 de una obra como ésta, cuya primera edición vio la luz en 1904, en un autor como Empédocles, cuya comprensión ha avanzado extraordinariamente en los últimos años. Ni siquiera resulta muy aprovechable una traducción del difícil texto de los fragmentos de este filósofo, basada en la edición de Mullach y por tanto anterior al riguroso establecimiento textual debido a Diels. En cuanto a la interpretación de la doctrina de Empédocles, este trabajo se queda muy corto frente a la línea iniciada por Bignone en su aún estimable estudio (Turín 1916) y seguida por Cornford, Jaeger, Cherniss, Raven, Guthrie y, recientemente, por O'Brien (*Empedocles' Cosmic Cycle*, Cambridge 1969). Por todo ello nos hallamos realmente ante prehistoria, en un trabajo en el que apenas es salvable algún detalle, como los cuadros sistemáticos de p. 78 sobre la terminología de los elementos y pp. 96-98 sobre las designaciones de Amor y Odio.

ALBERTO BERNABÉ

DEMÓSTENES. — *Discursos escogidos.* Edición preparada por E. FERNÁNDEZ-GALIANO. Madrid, Editora Nacional, 1979, 280 pp.

Precede a esta selección de discursos demosténicos una introducción elegantemente escrita y bien documentada (pp. 9-33). A continuación se incluyen las traducciones de los 12 discursos quizá más conocidos del orador (*Simorias*, *Megalopolitas*, las 4 *Filípicas*, 3 *Olínticas*, *Corona* y *Contra Conón*). Cada uno de estos discursos va precedido de un brevísimo comentario introductorio y acompañado de unas notas en exceso escasas y escuetas. La traducción es fiel, pero no servil: se puede leer de corrido prescindiendo del texto griego y también se puede comparar fácilmente con el texto original, para lo cual ayuda mucho el haber conservado la numeración de los párrafos de los discursos. En definitiva se trata de un trabajo muy bien hecho.

J. LÓPEZ FACAL

WISTRAND, E.—*Caesar and Contemporary Roman Society*. Acta Regiae Societatis Scientiarum et Litterarum Gothoburgensis, Humaniora, XV. Gotemburgo 1979, 68 pp.

El folleto de E. Wistrand es una revisión y ampliación de un ensayo publicado con el mismo título en su libro *Politik och Litteratur i antikens Rom* (Estocolmo 1962 / Gotemburgo 1978). Este ensayo imprimía junto con otras anteriores unas conferencias dadas en las Universidades de Liverpool y Londres en 1960. Durante estos dieciocho años el interés de Wistrand por el problema de la personalidad política de César se ha centrado mayormente en el estudio de las fuentes antiguas. Una introducción alude a los distintos estamentos de los ciudadanos en Roma y sus luchas. Las divisiones horizontales entre las clases y sus perjuicios y conflictos que acarreaban fueron menos importantes de lo que podría pensar el observador moderno que suele mirar la lucha de clases y la oposición a la injusticia social como el mejor guía para entender la evolución de la historia. Mucho más peligrosas eran las luchas verticales que dividían a la sociedad romana de arriba abajo. En las familias de la clase más alta el matrimonio era más bien una alianza. Así, la actitud de Pompeyo no aviniéndose al cruce de casamientos propuesto por César era un signo de cambio de alianza. Las bases en que un político romano fundaba su partido personal y su poder eran las riquezas y el linaje noble, además de esclavos, hombres libres e influencias relativas, es decir, lo que los romanos llamaban *amicitia* y *clientela*. La mayoría de la *plebs* romana estaba dividida entre las *clientelae* de las familias aristocráticas. La personalidad de César es interpretada dentro de este marco social y a la luz del testimonio de los escritores antiguos, quienes entienden la política cesariana de perdón como una *insidiosa clementia*. Las palabras *quietem Italiae, pacem prouinciarum, salutem imperii* no pasan de ser un ornato retórico del proyecto de paz presentado por César induciendo a sus adversarios a negociar.

La lectura es amena y la exposición clara da a conocer muy bien la sociedad romana de la época de César. No faltan un *Index uerborum* y otro *locorum*.

ÁNGEL ANGLADA

OVIDIO.—*Ars amatoria. Remedia amoris*. Introducción, cronología, bibliografía, notas y traducción de JOSÉ-IGNACIO CIRUELO. Barcelona, Bosch, 1979, 265 pp.

Según la norma de la colección Erasmo, este libro de tamaño de bolsillo consta de una introducción sobre la biografía de Ovidio, su sentido de la alegría de vivir y, finalmente, un capítulo sobre el estilo ovidiano y la importancia de su obra. El profesor Ciruelo sabe hacer simpática y agradable la persona de Ovidio. Con mucha razón observa la falta de fundamento de la mal llamada «facilidad» de composición ovidiana, tema que ocupa justificadamente casi todo el apartado de estilística. Quizás hubiera sido oportuno ampliar algo más los breves párrafos relativos a cómo están en función de su contenido las series de dactilos de composición casi impecable. Los estrechos límites del libro obligan a veces a la simple lista, aunque no vacía, de tópicos amorios o recursos tradicionales, como metáforas entre

otros, que no dejan de abrir un programa para el estudiante a quien la lectura de estas páginas despierte un mayor interés por el poeta. La traducción, si bien demasiado libre a veces, resulta amena y facilita un primer contacto con la obra.

ÁNGEL ANGLADA

JUAN SEGUNDO. — *Besos y otros poemas*. Introducción, cronología, bibliografía, notas y traducción de OLGA GETE CARPIO. Barcelona, Bosch, 1979, 333 pp.

Juan Segundo (*Ioannes Secundus* o Jan Everaerts) nació en La Haya el 14 de noviembre de 1511, en el seno de una ilustre familia. Moriría veinticuatro años, diez meses y diez días después en la abadía de Saint-Amand, en cuya iglesia fue enterrado. Durante su estancia en España (1533-1536) desempeñó el cargo de secretario del cardenal Tavera e intimó con Jerónimo Zurita, futuro autor de los *Anales de la Corona de Aragón*. En sólo esos veinticinco años escasos de vida le dio tiempo a escribir, en verso, tres libros de *Elegías*, dos de *Epístolas* y uno respectivamente de *Besos*, *Odas*, *Epigramas*, *Poemas fúnebres* y *Silvas*; en prosa nos dejó tres *Itinerarios* o relatos de viajes y algunas cartas.

Fue intensa la influencia de Juan Segundo en la literatura española, a partir sobre todo del siglo XVIII. Los *Besos de Amor*, de Meléndez Valdés (reproducidos por primera vez en la *Revue Hispanique* de 1894 por Foulché-Delbosc y sistemáticamente olvidados en las ediciones del poeta salmantino posteriores a esa fecha), se autoproclaman traducción de los *Basia* del humanista neerlandés, aunque de hecho no sean más que una deliciosa imitación rococó de los mismos. El padre Arolas también los tradujo, igual de libremente, en 1843. Pues bien, ahora Olga Gete nos ofrece, en cuidada edición bilingüe, aquellos *Basia* que encantaron y conmovieron a medio mundo literario europeo desde su aparición primera, póstumamente, en 1539 hasta el romanticismo, y que hoy siguen tan frescos y lozanos como en el siglo XVI. Acompañan a los *Besos* en esta impresión las *Elegías* («dedicadas a Cupido en el mes de mayo, durante los tres años que siguieron al amor de Julia») y un delicadísimo *Epitalamio* que forma parte de las *Silvas* y que comienza: *Hora suaucula et uoluptuosa, / hora blanditiis, lepore, risu, / hora deliciis, iocis, susurris, / hora suauiolis...* Ha llegado la hora, pues, de que Juan Segundo deje de ser un nombre arrinconado en los manuales y se convierta en un poeta vivo y accesible al lector.

LUIS ALBERTO DE CUENCA